

sacrificar mi vida, si es necesario, para salvar las tuyas.

— ¡ Gracias, doctor ! repuso la marquesa conmovida, os lo agradezco infinito ; empero, mi resolucion es irrevocable y partiré donde me llama el amor y el deber.

Un ruido como de muchas personas que se acercaban, se sintió en el salon inmediato al gabinete de Honorata ; poco despues, Aurora se precipitó en la estancia con un pliego en la mano, exclamando con emocion :

— Señora, señora, un parte telegráfico.

— ¡ Ah ! ¡ dámelo ! gritó la marquesa rompiendo el sello con precipitacion.

Casi todos los criados de la casa esperaban en el salon noticias de sus queridos amos, y escucharon con la mas viva alegría la lectura del parte que repitió el doctor en voz alta, porque la marquesa, llorando de placer, se habia arrojado en los brazos de Honorata ; decia así :

« Á la señora doña María de las Mercedes, marquesa de Pináres.

Nos hemos salvado, gracias á la Divina Providencia ; en breve estarán en tus brazos tu esposo y tu amante hijo, Rogelio y Rafael de Pináres. »

La marquesa se postró de rodillas ante una imagen de la Virgen ; la imitaron los circunstantes y todos en alta voz elevaron sus preces al Trono de Dios, dándole gracias por su infinita misericordia.

Luego, recogiendo el parte, salió precipitadamente

á llevar tan agradable nueva á la madre de su esposo.

Los criados, locos de contento repetian :

— ¡Se han salvado! ¡se han salvado! ¡Ah! bendita sea la bondad de Dios, y bendita mil veces la sublime invencion que permite escuchemos desde lejanos climas las gratas nuevas que nos trasmite con la rapidez del pensamiento; bendita mil veces porque ha calmado la ansiedad y el acerbo dolor de una noble familia.

Todos se entregaron á su regocijo, únicamente Honorata continuó llena de amargura.

CAPÍTULO XI.

DESCUBRIMIENTO.

Volvamos otra vez, amigo lector, á la hostería de la Corneja, donde quedó esta con sus hijas y Cárlos despues de apaciguada la quimera de los dos rivales.

Eran, segun dijimos, las doce de la noche, y el barrio de Lavapiés estaba silencioso y sombrío. Sin embargo, merced á la dudosa luz que despedian los faroles, pudo distinguir Flor del Espino varios bultos en la esquina, y suponiendo seria Ataulfo con sus amigos, que esperarían la salida de Cárlos para vengarse de él, corrió al interior de la tienda, donde

este se hallaba con la bella Rosa y Sebastian, y les dijo :

— En la esquina te aguarda Ataulfo con sus compañeros, no salgas por Dios, quédate aquí esta noche, pues te matarán indudablemente.

— No temas por mi vida, respondió el jóven con audacia ; ¿ acaso no tengo buenos puños para defenderme ? Prometo que han de quedar escarmentados.

— Yo te ruego que no salgas, exclamó Rosa, quedaos aquí los dos hasta el amanecer ; entónces ellos ya cansados de esperar se habrán marchado.

— Eso no ; me tacharian de cobarde, y no quiero ; ¡ voto á brios ! que aprendan á respetar á la que yo amo, haciéndoles morder el polvo de la calle.

— Yo te ayudaré, Cárlos, dijo Sebastian ; veremos si esos valentones se burlan impunemente de nosotros.

— Desde luego os dejaria marchar, dijo Rosa, si fuerais dos á dos, porque conozco vuestro valor ; pero temo la traicion de esos bandidos, que habrán ido á buscar á sus compañeros y estarán diez ó doce para asesinaros. ¡ Ah ! por favor, no salgáis, os lo pediré arrodillada, y si no os mueve mi súplica, muévaos al ménos mi profundo dolor. Hermana mia, ven, ruega á Sebastian que acceda á mis súplicas á ver si es mas complaciente que Cárlos.

Los cuatro jóvenes estaban sentados al rededor de una mesa : en otra se hallaba la Corneja, que trastornada por los licores, dormia profundamente exhalando espantosos ronquidos.

— Será el primer favor que le pida y el último si no me le concede, respondió Flor del Espino, dirigiendo á Sebastian una mirada suplicante.

— Nada puedo negar á la que me ha cautivado el alma y desde luego me pongo á vuestras órdenes, dijo Sebastian fijando la fascinadora mirada de sus grandes y negros ojos en la pálida niña, que bajó los suyos ruborizándose.

— ¡Qué felicidad! exclamó Rosa mirando á su amante con ternura; no os iréis, y hablaremos toda la noche de nuestro amor; ¿no es verdad, Cárlos, que te quedas?

— ¡Si te empeñas! pero advierte que mi tia estará inquieta toda la noche por mi ausencia.

— Mañana la tranquilizarás refiriéndola lo que ha ocurrido.

— Sea, pues, lo que tú desees, á condicion de que nos has de contar vuestra historia.

— Con mucho gusto.

— Yo tambien pondré una condicion, dijo Sebastian mirando á Flor del Espino.

— ¿Y cuál es? preguntó esta tímidamente.

— Quiero saber por qué te empeñas en no corresponder á mi amor.

— No me lo preguntes por Dios; me es imposible satisfacer tu deseo. Te amo como á un hermano... como á un amigo... y es el único cariño que puedo concederte.

— ¡Siempre lo mismo! murmuró el jóven con amargura; y apoyando la frente en sus manos y los codos en la mesa, quedó triste y pensativo.

Flor del Espino le miró con lástima, y ahogando un suspiro, murmuró para sus adentros :

— ¡ Yo le amaría si no hubiese conocido á Rafael!

La Corneja se revolvió pesadamente en su asiento, y tomando una postura mas cómoda, empezó á soñar en alta voz; sus palabras eran incoherentes y faltas de sentido, y con todo, por lo extrañas, llamaron la atención de las jóvenes.

— ¡ Sangre! ¡ sangre! repetía, no le claves el puñal, detente, bárbaro... já... já... já... La madre sin hijas se revuelve como una leona furiosa... já... já... no las verás mas; ¡ son mias! ¿ las ves? ¡ me acarician!... ¡ son mias, son mi tesoro!...

Las infelices niñas quedaron mudas de espanto al escuchar las palabras de la Corneja.

— ¡ Oh Dios mio! murmuró Flor del Espino pasándose la mano por la frente. ¿ Oyes, Rosa mia? ¿ qué quiere decir?

— No hagas caso, hermana, es que delira, vamos á llevarla á la cama.

— No, no, mas vale despertarla : tiene un sueño atroz, de muertes y de horrores, y no conviene dejarla en él...

— Tienes razon, dijo Rosa levantándose.

La Corneja continuó diciendo con voz ronca :

— ¡ Infames! infames, os estorbo... ¡ hé! soy vieja y fea, no importa... luego tendré á mi lado dos pimpollos, y me vengaré de vosotros.— ¡ Ah! sí, son muy hermosas... como su madre... ¡ pobre mujer! aun siento sus gritos... ¡ mis hijas! ¡ mis hijas! já,

já... já!... Tus hijas lo serán mias, y su hermosura me valdrá mucho dinero... mucho...

— ¡Madre! ¡madre! gritó Rosa agitándola un brazo, despertad...

— ¡Madre! ¡madre! murmuró la vieja luchando con el sueño y los licores que embotaban sus sentidos : ¡Madre! yo no soy madre ; jamas lo fui...

— ¡Oh! ¡despertad por compasion! gritó Flor del Espino, haciendo levantarse á la Corneja.

— Descifrad, señora, este enigma, añadió Rosa participando de las dudas de su hermana ; ¿ si nunca tuvisteis hijos , quién somos nosotras ? contestad pronto, pronto...

La horrible mujer les dió por contestacion una carcajada sonora y estridente, cayendo otra vez pesadamente sobre la silla.

— ¡Vive Dios! gritó Cárlos acercándose al grupo que formaban las tres mujeres ; hoy confiesas todos tus secretos, ó mueres á mis manos...

Diciendo esto el intrépido jóven vertió un jarro de agua fria sobre la inmunda cabeza de la Corneja, y haciendo un signo á Sebastian, se colocaron á ambos lados, apoderándose de las descarnadas manos que les abandonó sin resistencia alguna. Al sentir la impresion del agua fresca, se estremeció, y abriendo los ojos, fijó su asombrada vista en los cuatro jóvenes que la rodeaban.

— ¡Llevadme, llevadme á la cama! me siento mal, murmuró maquinalmente y sin poder coordinar sus ideas.

— ¡ Antes nos has de decir, arpía miserable, dónde has robado estas niñas ! pronto, pronto ; ¿ dónde está la madre de Rosa y Flor del Espino ? gritó Cárlos con voz de trueno.

— ¡ Oh ! ¿ quién ha dicho ?...

— Quien todo lo sabe, ¿ dónde está aquella pobre madre que gritaba : ¡ mis hijas ! ¡ mis hijas !..... y tú se las robaste sin tener compasion de sus lamentos ? repuso Sebastian.

— ¡ Oh ! era en Paris..... todavía siento en mis oídos aquel grito desgarrador... ¡ maldita seas !... me dijo... y su maldicion pesa sobre mi cabeza como una barra de plomo.

— ¡ Infame ! exclamó Flor del Espino, ¿ luego no eres nuestra madre ? bien me lo decia mi corazon... jamas pude mirar tu inmundo rostro sin una invencible repugnancia.

— ¡ Qué felicidad ! Lidia mia, dijo Rosa abrazando á su hermana ; quizá seamos de familia noble y rica, y podremos abandonar este infernal tugurio, donde solo germinan la maldad y los vicios.

— ¡ Oh ! sí, sí, querida Rosa ; vámanos en seguida ántes que el alba despunte... dejemos á esa mujer miserable.

— No puede ser : ¿ quién nos descubriría entónces el nombre de nuestra familia, si ella únicamente lo sabe ? esperemos, hermana... paciencia unos dias mas.

— Yo se lo haré decir con la punta de este cuchillo, dijo Cárlos apoderándose de uno y amenazando con él á la Corneja. Preguntadla.

— ¿Cómo se llama nuestra madre? gritó Rosa levantando la cabeza que la vieja había inclinado sobre el pecho.

— ¿En qué calle de Paris vivía cuando nos robaste de su lado? interrogó Flor del Espino.

El silencio mas absoluto guardó la Corneja. Su cerebro, completamente turbado por los vapores del vino, había caído en un amodorramiento imposible de disipar. Cárlos y Sebastian repitieron la pregunta; empero no pudieron hacerla pronunciar una palabra por mas que empleasen las súplicas, los ofrecimientos y las amenazas.

— Ya nos lo dirá cuando esté en su conocimiento, dijo Rosa. Ayudadme, la pondremos en la cama, y en ocasion mas propicia descubriremos su secreto.

Hiciéronlo así efectivamente, dejándola sumida en un sueño letárgico y profundo.

Los jóvenes volvieron á sentarse en rededor de una mesa; Rosa, reclamando su atencion, empezó á contarles su historia como nuestros lectores verán en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XII.

HISTORIA DE ROSA Y FLOR DEL ESPINO.

Conservo de mis primeros años un recuerdo confuso, y entre las vagas memorias que tengo en mi imaginacion, veo á un anciano pálido é inmóvil, cuyos piés jugueteábamos nosotras, en un frondoso cenador formado de ramajes y enredaderas. Ignoro dónde estábamos, ni quién era aquel anciano paralítico, ni le he vuelto á ver despues en todo el curso de mi vida. Tambien hallo grabada en mi alma la hermosa y angelical fisonomía de una mujer, que al despertar de mi sueño de inocencia veia siempre junto á mi cuna, y cuya inefable y dulce sonrisa me parece que distingo todavía. Quizá sea un sueño, quizá sea un bello ideal formado en mi mente; empero, esta encantadora vision ha llegado á grabarse con tal fuerza en mi alma, que si ahora se presentara á mi vista, la reconoceria instantáneamente.

Los acontecimientos mas lejanos que conservo de nuestra vida son, cuando apénas tendríamos cuatro años, que nos situaba la Corneja en las puertas de los templos, haciéndonos implorar la caridad pública, en favor de nuestra madre enferma, y ella misma

á nuestro lado, medio encorvada y cubierta de vendajes, recibia las monedas que la caridad depositaba en nuestras manos.

Mas tarde, recuerdo que nos recogiamos en una miserable casuca, con el techo muy bajo, al que casi se tocaba con la mano, por el cual corrian las arañas con sus enormes patas, que á mi hermana y á mí nos hacian temblar de pavor. Aquella pieza hedionda y pequeña, solo tenia una ventana que comunicaba á un tejadillo de pizarra.

La Corneja nos dejaba encerradas ; muchas veces no teniamos nada que comer, y llorábamos de hambre y de miedo. Un dia vimos asomarse por la ventana un rostro pálido, sombreado por enormes patillas, y en el que brillaban como chispas de fuego dos ojillos negros y redondos. Venid, nos dijo haciéndonos señas con la mano para que nos acercásemos. Yo, mas atrevida que mi hermana, fuí aproximándome, aunque no sin cierta timidez.

— ¿ Por qué lloráis ? nos preguntó afectuosamente.

— Tenemos hambre y miedo, contesté.

— Salid al terrado conmigo y no temáis.

— ¡ Ah ! si viene nuestra madre nos reñirá.

— Vamos á salir, hermana, me dijo Lidia que se habia ido acercando, vencida por la dulce y bondadosa voz del desconocido.

— Sí, sí, venid ; cuando venga vuestra madre entráis otra vez por la ventana ántes que se aperciba de vuestra salida. Vais á almorzar conmigo ; os daré café y manteca.

Al oír estas palabras nos decidimos completamente, porque nuestros estómagos desfallecían, y la esperanza de llenarlos apagó en nuestros sentidos toda sombra de temor. Apartóse de la ventana la cabeza del desconocido, y metiendo los brazos, nos agarró por la cintura, primero á mí, luego á mi hermana, y nos sacó al terrado.

Una vez fuera, pudimos examinar con detención á nuestro vecino, que era un hombre de unos cincuenta años, alto y grueso. Vivía completamente aislado en un cuartito que comunicaba con la azotea, y se pasaba los días enteros tocando el arpa, y entonando con lastimero tono las canciones mas tiernas y melancólicas.

Siempre recordaré aquel aposento; aunque tan pequeño como el nuestro, era mucho mejor. Las paredes estaban cubiertas con un papel color naranja claro, salpicado de flores azules. En un extremo había un sencillísimo lecho que ocultaban unas cortinas de indiana. Una mesita de pino, seis sillas, un velador cargado de papeles de música y libros, una cómoda y un arpa completaban el mueblaje de aquella habitación.

— ¿Quién sois? ¿cómo os llamais? nos dijo haciéndonos sentar junto á la mesa donde nos hizo almorzar con las mayores muestras de bondad.

— Yo me llamo Rosa, le contesté, mi hermanita Lidia.

— ¿Y vuestra madre?

— Corneja.

— ¿No tiene otro nombre ?

— Nosotros la llamamos madre ; pero unos hombres, que la suelen visitar con frecuencia, la llaman Corneja y arpía, contesté con la sencillez de la inocencia.

— ¿ Y qué hacen esos hombres ?

— No lo sé ; nos acostamos, mi madre se marcha con ellos, y muchas veces no suele venir en toda la noche, y otras trae un humor tan malo, que desahoga con nosotras dándonos puntapiés y pellizcos.

— ¡ Pobrecitas ! murmuró el desconocido, ¿ quisierais vivir conmigo ? yo no os pegaré nunca, y os enseñaré á cantar y tocar el arpa.

— ¡ Ah ! ¡ qué bueno ! ¡ cuánto me alegraría ! y tú Lidia, ¿ quisieras ?

— ¡ Vaya si quiero ! se lo diremos á madre á la noche cuando vuelva, exclamó Lidia, alegre con la idea de separarse de la Corneja.

Ignoro por qué, pero un instinto secreto nos ha hecho mirarla siempre con repugnancia desde nuestra edad mas tierna.

Pasámos el dia oyendo cantar y tocar el arpa á nuestro vecino, y al anochecer sentimos ruido en nuestro cuarto. Yo me puse á temblar como una azogada ; mas el músico me tranquilizó diciendo :

— No temáis ; voy á hablar á vuestra madre.

Efectivamente, se acercó á la ventana y dijo con una voz que procuró hacer todo lo mas dulce posible :

— Señora, no busquéis á vuestras hijas : están aquí.

— ¿ Y cómo se han atrevido esas rapazuelas á salir sin mi permiso ? gritó hecha una furia.

— Perdonadlas ; las he sacado yo por la ventana ; somos vecinos, permitidme pasar á vuestro cuarto y las llevaré, ó venid vos al mio.

— ¿ Por dónde tenéis la entrada ?

— Por el corredor de la izquierda.

— Alla voy.

Á poco entraba la Corneja en el cuarto del músico, y lanzándonos una mirada de enojo, nos cogió de la mano y se preparaba á salir despues de dirigirle un saludo ceremonioso. Viendo el buen hombre la angustia y el temor retratados en nuestro semblante, se adelantó con ánimo de calmar el enfado de mi madre.

— Señora, la dijo, no quiero os alejéis sin perdonarme el atrevimiento que he tenido.

— Estáis perdonado, caballero, estas niñas son las que no han debido determinarse á tanto.

— Yo las obligué á fuerza de ruegos ; las oí hablar, me asomé por curiosidad á la ventana que cae á mi azotea : se asustaron al principio, pero las hablé, y las hice salir atraídas por los sonidos de mi arpa.

— ¿ Luego sois el músico que estamos escuchando á todas horas ?

— Sí, señora, mi único recreo es la música. Paso la vida casi siempre solo ; el dia de hoy, ha sido para mí muy feliz por tener estas niñas á mi lado, y os deberia muchos momentos de felicidad, si me las dejaseis algunos ratos y me permitierais enseñarlas á tocar el arpa.

Al decir esto, el anciano la dirigió una mirada

suplicante y esperó con impaciencia su contestacion, que no se hizo esperar mucho tiempo, y no pudo ménos de ser favorable ; pues la halagaba en extremo la idea de que, sabiendo música y algunas canciones, nos haria cantar en los cafés y en las calles, lo cual redundaria en su beneficio. Así fué que desde luego aceptó, y quedaron convenidos en que desde el siguiente dia empezariamos la leccion.

Esta época de nuestra vida ha sido acaso la mas dulce y apacible, porque la Corneja nos abandonó casi por completo, la veíamos únicamente por las noches, y no todas, pues muchas las pasaba fuera de casa. De dia estábamos acompañando á nuestro anciano maestro, que se dedicó por completo á educarnos, inculcándose en nuestra alma sus sábias lecciones de una manera indeleble. Este virtuoso caballero debia tener un pesar inmenso, su vida era un secreto ; nunca salia sino cuando las sombras de la noche encapotaban el firmamento, y muy raras veces : las únicas personas que le visitaban, eran un anciano y un jovén al parecer criado suyo, por el respeto con que le trataba. Cuando le preguntábamos su nombre, nos decia : llamadme padre. Hacíamoslo así efectivamente, y nuestras caricias debian recordarle las de otros niños acaso muy queridos de su corazon. Á veces lloraba estrechándonos contra su pecho, y otras, por ahogar quizá aquella voz de su alma, tomaba el arpa y con trémulo acento modulaba canciones sentidas y tiernísimas.

Por abreviar mi relato, os diré, amigos míos, que

pasámos cerca de él ocho años ; durante este tiempo aprendimos bastante bien á leer, escribir, gramática, historia, geografía, música, canto y el idioma italiano ; el frances le sabíamos perfectamente, y el castellano mucho mejor, porque siempre hablábamos con la Corneja.

Un dia, el mas doloroso de nuestra vida, estábamos cantando las dos, y él nos acompañaba con el arpa, cuando llamaron á la puerta ; abrí yo, y se presentó el cartero preguntando por el *conde de Cinkar*. Era la primera vez que oíamos el nombre de nuestro protector ; este se levantó con ansiedad, y tomó precipitadamente una carta de Italia que le dió el cartero.

Despues de haberla leído con profunda atencion, abrió los brazos, y estrechándonos contra su pecho, nos dijo ahogado por la emocion : « ¡ Esta noche, hijas mias, parto para Italia, Dios sabe cuándo nos volveremos á ver ! » Nuestro dolor fué inmenso por tan desagradable noticia ; pasámos el resto del dia llorando, y ayudando á nuestro sabio maestro en sus preparativos de marcha. Al anochecer vino la Corneja ; pero ya tan tarde, que apénas tuvo algunos minutos para recomendarla que nos amase mucho ; la dió una grande cantidad, y la dijo : « Si con esto queréis poner á las niñas en un colegio hasta mi regreso, hacedlo, que yo siempre seré su protector. » Nos abrazó con la mayor ternura ; y partió precipitadamente enjugándose las lágrimas. Su ausencia fué para nosotras una gran desgracia. Al siguiente dia, dispuso la Corneja nuestro viaje á España, dicién-

donos, mostrando el bolsillo lleno de oro que recibió del extranjero : « mucho tiempo hace deseaba poseer una cantidad como esta, para regresar á mi querida patria ; ya por fin lo he conseguido. »

Un año despues, compró esta hosteria, y en ella estamos desde entónces, cantando y tocando para divertir al público, y sufriendo toda clase de tormentos ; hoy solo nos faltaba el descubrimiento que acabamos de hacer ; y cerciorarnos de que la Corneja no es nuestra madre.

Cesó de hablar Rosa, cuando la luz de la aurora empezaba á iluminar el aposento.

Cárlos y Sebastian, despues de haber ofrecido su apoyo á las dos interesantes niñas, se retiraron á sus casas, prometiendo volver por la tarde.

CAPÍTULO XIII

CONFERENCIA.

Serian las ocho de la noche, cuando un hombre de alta estatura y embozado hasta los ojos se detenia en la Carrera de San Jerónimo, á la puerta del palacio de Pináres. Estuvo indeciso un rato, sin atreverse á traspasar el dintel ; consultó el relój, y sin duda la hora debió convenirle, porque se adelantó

con paso firme á la escalera. No bien puso el pié en el primer escalon, cuando se interpuso el portero que era un asturiano rollizo y mofletudo, y le dijo :

— Deteneos : tengo órden de no permitir la entrada á nadie sin saber su nombre y el objeto que le trae al palacio.

— Soy primo de Atocha, contestó el desconocido, y vengo á verla.

— No puede ser; las doncellas de la señora marquesa tienen órden de no recibir visitas, dijo el portero cerrando la mampara, decidido á no permitir que subiese.

Nuestro embozado se quedó perplejo un instante; luego exclamó con desabrido tono :

— Tengo precision de dar un recado á mi prima, y nadie puede impedirme que la vea.

— Corriente, ponedlo por escrito, y ella bajará, si es que en este momento no está ocupada.

— No hay necesidad, hacedme el obsequio de decirle que deseo darla un recado de su madre.

Á una seña del portero, subió con rapidez un jovenito que le acompañaba casi siempre en la portería.

Apénas pasaron diez minutos, cuando volvió á bajar con un papel en la mano que entregó al desconocido.

Este lo tomó con viveza y se disponia á salir cuando escuchó que el portero le decia con tono interrogativo:

— ¿ Vuestro nombre?

Sin duda hubiera dado una respuesta poco adecuada á juzgar por el gesto que apareció súbitamente en su rostro; mas reflexionando quizá que si desper-

taba sospechas pudieran recaer en Atocha, contestó con calma y cubriéndose casi por completo con el embozo :

— Pedro Chasca : buenas noches.

El honrado asturiano le miró con desconfianza, y moviendo la cabeza murmuró :

— ¡Hum ! ¡ mala cara tiene para que sea bueno !

Por su parte el fingido Pedro Chasca echó con malísimo humor por la calle abajo, y atravesando varias callejuelas, se detuvo en la del Sordo ante una puercecilla baja y estrecha, que estaba continuamente cerrada. Dió dos golpes, y no tardó en oirse una voz atiplada y chillona que preguntó :

— ¿ Quién es el importuno que viene á interrumpir mis oraciones ?

— ¡ El diablo ! contestó el embozado.

Las palabras de uno y de otro debian ser una señal convenida, porque la puerta se abrió al momento, y el mancebo penetró en la casa, quedando la calle silenciosa y sombría.

Siguieron por un portal oscuro, en cuyo extremo hallábase una escalera tortuosa y estrecha, débilmente alumbrada por un pequeño farol. Merced á su trémula luz, podremos examinar al embozado y á su guia, que era una vieja jorobada, vestida de negro, y cubiertos los canosos mechones de su mugrientos cabellos con una gorra de tul negro, muy sobrecargada de lazos y cintas de color de fuego.

— Hola ! ¿ sois vos, Ataulfo ? dijo luego que reconoció al embozado.

— Servitor vuestro, doña Tecla, contestó el bandido deteniéndose junto al farol para encender un magnifico habano.

— Con cuánta impaciencia os aguarda la señora : ya ha préguntado dos veces si habéis venido.

— Decilda, pues, que estoy á sus órdenes.

— Bien : esperad aquí, pronto vuelvo.

En esto habian penetrado en una salita pequeña, y sencillamente amueblada. Una estera de cordelillo cubria el pavimento, y sobre un velador de caoba colocado cerca de la chimenea, lucia una magnifica lámpara de plata, objeto que por su valor y belleza contrastaba con la pobreza de la habitacion.

Cuando Ataulfo quedó solo, se puso á dar grandes paseos por la sala, despues de haber dejado la capa en una silla cerca de la entrada, y aunque la tenia bien conocida, no dejó su escrutadora curiosidad de fijarse en todos los detalles.

Se detuvo en frente de un retrato que representaba una señora de unos treinta años, de severo y altivo continente, vestida con un traje negro y con un niño recién nacido en los brazos.

— ¡ Hermosa señora ! murmuró Ataulfo, y se da un aire á la princesa, quizá sea su retrato ; pero debe hacer muchos años que se le hizo.

Efectivamente, aquel cuadro representaba á Flora del Palancar con su hijo en los brazos ; se le mandó hacer en Cádiz pocos dias ántes de embarcarse para Ultramar.

Otro retrato llamó tambien la atencion del ban-

dido. Era el de un anciano octogenario, de semblante noble y bondadoso, con la barba y los cabellos blancos como hilos de plata.

Ataulfo murmuró interiormente :

— ¿ Quién será este caballero ?

Mis amables lectores de *La Pastora del Guadiela*, no tendrían necesidad de hacer semejante pregunta reconociendo á primera vista en aquella figura grave y simpática al padre de Flora, al desventurado conde del Palancar, que murió en tanto que su hija asistía á un baile.

Después de su exámen y cansado el mancebo de esperar, fué á detenerse delante de un espejo donde estuvo arreglando con coquetería su negra y hermosa barba.

Ataulfo era un buen mozo, de figura gallarda y arrogante ; sus ojos grandes y negros despedían á veces un fuego sombrío, y hubiera sido capaz de enloquecer de amor á cualquier muchacha de las que tienen *una cabeza bonita, pero sin seso*. Toda persona de mediano conocimiento advertía, con una sola mirada, en el rostro del bandido una expresión de dureza casi feroz, y en el mirar de sus ojos un instinto depravado y cruel.

Dicen que el rostro es el espejo del alma ; por eso el de la persona que nos ocupa, decía que aquel cuerpo no tenía alma, y si la tenía era negra como las alas del cuervo.

Aun permanecía atusándose los bigotes, cuando el cuadro que representaba á Flora del Palancar giró á

la derecha, descubriendo una puerta secreta por la cual apareció la princesa envuelta en una capa de pieles.

La pintura volvió á quedar en su lugar ; el original de aquel retrato se adelantó hacia la chimenea, y tomando asiento en un sillón inmediato, dejó caer hacia atrás el abrigo, y exclamó dirigiéndose al jóven :

— Muy distraído estáis.

— ¡ Ah, señora ! ¿ sois vos ? dispensad, murmuró con cierta galantería, quitándose el sombrero.

— ¿ He venido á interrumpiros acaso en una meditacion amorosa ?

— Nunca pienso en amores ; sabéis que mis cavilaciones siempre son sobre los asuntos que os dignáis confiarme.

— ¿ Y bien, qué noticias tenéis que comunicarme ?

— Favorables ninguna ; mi plan abortó ; pero ha sido porque una mano diabólica lo ha enredado.

— Hablemos con claridad ; nadie nos escucha. Sé que el marqués de Pináres y su hijo escaparon de la muerte que les preparaba el puñal de vuestros asesinos ; ¿ cómo ha sido esto, Ataulfo ?

— Señora, la fatalidad ; pero no temáis, les tendremos otro lazo.

— Como toda la corte se ha enterado del peligro que han corrido, estaba estos dias su palacio lleno de gentes que acudian á felicitarlos ; yo tambien fuí, mas bien por enterarme del medio que se habian valido para salvarse ; y me dijeron que al tiempo ya de ponerse en camino para esta corte, llegó el car-

tero, y les entregó una carta de Madrid ; abriéronla apresuradamente, y encontraron estas líneas, escritas al parecer por una mujer.

Al decir esto la princesa, alargó un papel al bandido ; este le tomó con asombro y acercándose á la lámpara leyó lo siguiente :

« Señor marqués : no salgáis de vuestra casa sin que os acompañen algunas parejas de la guardia civil ; tened entendido, que en el monte de vuestra propiedad y en el sitio que llaman la Encrucijada del Cuervo, hay doce bandidos pagados por una dama de esta corte para que hundan sus puñales en vuestro pecho y en el de vuestro inocente hijo.

Dad crédito á mis palabras, os lo ruego, señor, por el amor de la Santísima Virgen, y creed que solo me impulsa á daros este aviso un sentimiento humanitario.

Soy vuestra servidora, *Una niña infeliz.* »

Los ojos del bandido brotaron chispas ; permaneció en silencio unos segundos, y luego dijo :

— ¿ Este papel es el mismo que ha recibido el marqués, ó una copia ?

— Es una copia, pero tan exacta, que el mas inteligente la confundiria con el original.

— ¿ Y me permitís guardarla ?

— Os lo mando ; yo conservo otra ; averigüad vos de quién es esa letra, yo tambien haré mis indagaciones ; veremos quién es mas afortunado.

— No tardaré en saberlo. ¿ Tenéis alguna cosa que mandarme ?

— ¿No tenéis vos ninguna que comunicarme?

— En este momento no; mañana puede ser: vengo del palacio de Pináres y no me han permitido ver á Atocha; pero la he mandado aviso, y me ha contestado con dos letritas, que me espera esta noche á las doce por la puerta falsa del jardin.

— El marqués es muy astuto y se pone en guardia; es preciso obrar con cautela; ¡cuidado, Ataulfo, no me comprometáis!

— Señora, fiad en mi prudencia.

— Así lo hago. Puesto que vais á ver á Atocha, hacedla que ponga esta carta en la habitacion de la condesita, y en un sitio donde la vea ántes de las seis de la mañana.

— Descuidad, que la verá.

— Mañana os aguardo, dijo la princesa levantándose con aire de autoridad, y como despidiendo al bandido.

Este se inclinó profundamente.

Cuando estaba en la puerta de la calle, la vieja de la papalina encarnada le entregó un bolsillo lleno de oro, diciendole:

— Tomad de órden de la princesa.

— ¡Mil gracias! contestó guardándole con indiferencia, y embozándose con cuidado en su ancha capa.

— Adios, gallardo mancebo, exclamó la vieja cerrando la puerta.

El bandido, por su parte murmuró:

— ¡Voto al diablo! ¡qué magnífica lámpara habia sobre el velador! no he podido apartar los ojos de

ella. ¡ Oh! á todo trance es preciso venga á mi poder.

La ambicion del bandido no estaba satisfecha, sin embargo de la generosidad con que la princesa pagaba sus infames servicios.

CAPITULO XIV

LA POETISA.

Era por la mañana temprano ; aun el sol no habia aparecido en el Oriente á iluminar la tierra con sus resplandores, y sin embargo, la ventana del cuarto que ocupaban generalmente Rosa y Flor del Espino estaba abierta.

Por la calle de Lavapiés apénas transitaba alguna que otra persona, y la hostería de la Corneja permanecia cerrada.

Penetremos en su interior, y dejando atras la tienda y la trastienda, abriremos las vidrieras que habia á la derecha, y que daban paso al gabinetito donde la Corneja solia tener secretas conferencias con sus amigos.

Nada hallaremos de particular, era pequeño y oscuro, pues la reja que daba á la calle, sobre ser sumamente estrecha, tenia por la parte interior unos

vidrios verdes y densos por los que penetraba una dudosa y tenue claridad.

Como nada nos llama la atencion en esta pieza, seguiremos adelante. En un extremo, se habria una puertecita baja y estrecha ; conducia al cuarto de las dos interesantes niñas que la Corneja tenia en su poder.

Las dos estaban levantadas, sin embargo de que apénas habia amanecido.

Al entrar en esta habitacion, se respiraba otra atmósfera distinta que en las demas de la casa. No obstante la pobreza con que estaba amueblada, advertíase un perfume de buen gusto, y un tinte poético y bello en todos los objetos.

Para que mis lectores puedan formarse una idea, les haré una ligera descripcion.

Era una pieza cuadrada, pequeña y bastante oscura, embaldosado el pavimento y cubiertas las paredes con un papel de color de ceniza formando aguas, que imitaba al luaré.

Recibia la luz por una ventana que daba al patio y por la que algunas horas del dia penetraban los rayos del sol á causa de estar muy bajo el edificio contiguo.

En ella tenia colgadas Flor del Espino tres macetas de flores y una jaula con un hermoso canario, único ser viviente que la distraía en su soledad con sus melodiosos gorjeos.

Estos sencillos objetos, demostraban la poética ternura que encerraba el alma de la hermosa niña,

asi como su fe religiosa, una imágen de la Virgen con el niño Jesus en sus divinos brazos, que se veía colgada en la pared, y ante la cual se arrodillaban las dos jóvenes con mucha frecuencia.

La puerta de entrada, la cubria una cortina de percal blanco.

Una mesa de pino con tapete de bayeta verde, estaba debajo de la ventana, y en ella veíanse algunos libros, tintero, plumas y papel.

Flor del Espino en actitud meditabunda estaba sentada delante de la mesa. En la mano izquierda tenia apoyada la mejilla, en la derecha, extendida sobre la falda, se veía una carta abierta, causa sin duda de su meditacion.

Su traje era descuidado, componiéndose de una bata de percal, enteramente suelta, que bajaba en ondulantes pliegues hasta el suelo.

Su hermana Rosa, hallábase en pié á su lado, y como tenia costumbre de salir la primera á la hostería, estaba mas elegante. Aparecia mas alta y majestuosa, con su vestido de percal frances, con ocho volantes que casi cubrian toda la falda, y su pañuelo de crespon encarnado.

—Miquerida Lidia, decia con ternura á su hermana: tú siempre estás triste, en todo encuentras motivo de dolor, hasta en lo que ha de ocasionarte placer.

— ¡ Soy tan desventurada ! murmuró Flor del Espino alzando los ojos al cielo.

Antes de proseguir, debemos advertir á nuestros lectores, que la Corneja, cerca de la puerta, escu-

chaba en silencio la conversacion de Rosa y Flor del Espino.

— ¡Y qué quieres ! ¡ si un destino aciago se ha posado sobre nuestra frente ! ¡ confiemos en la proteccion de la Santísima Virgen y esperemos con calma otro mas plácido y risueño !

— ¡ Ah ! yo no puedo permanecer en esta casa, la vista de esos bebedores inmundos me hace mal, detesto con mis cinco sentidos la atmósfera que nos rodea ; quiero aire, espacio, sol ; mi alma se ahoga entre estas paredes, y necesito respirar donde solo tenga por techumbre el azul del firmamento. ¡ Vámonos, hermana mia, huyamos de estos sitios, no nos faltará en el campo una choza de pastores donde refugiarnos !

— Reflexiona, Lidia, que no podemos abandonar esta casa.

— ¿ Y por qué ? preguntó con exaltacion.

— Lo primero, porque estando cerca de la Corneja, podremos averiguar un dia ú otro el nombre de nuestra familia, y lo segundo, porque pasamos por hijas suyas, y si la dejamos, acaso se queje á la autoridad de nuestra fuga, y seamos perseguidas.

— ¿ Y podrá ella probar que somos sus hijas ?

— ¡ Quién sabe ! yo recuerdo que así lo expresa el pasaporte que ella se procuró cuando nos vinimos á España.

— Cuando ella fué á Francia, llevaria otro suyo solo ; es el que nos haria falta para perderla.

— Con calma y sufriendo, todo podemos conse-

guirlo ; ten, pñes, paciencia, y aguardemos el término de nuestros males.

— Yo solo siento permanecer en esta posicion por Rafael ; este amable jóven que tanto me ama, se desespera porque estoy en esta casa.

— ¿ Y qué te dice en su carta ?

— Que mañana me espera á las siete de la mañana en el buen Retiro, donde ya nos hemos visto otras veces, y me anuncia que tiene muchas cosas que comunicarme.

— Pues contéstale que irás.

— Así lo haré. ¡ Ah ! ¡ los momentos que paso á su lado son los mas felices de mi vida ; embriagada mi alma en su amor, solo á él veo en el mundo, solo por él respiro !...

— ¡ Pobre Lidia mia ! dijo Rosa estrechando contra su pecho la cabeza de su hermana. ¡ Quiera el cielo hacerte dichosa, á ti que eres un ángel, digno de mejor suerte que la que nos ha deparado la Providencia ! Adios, voy á preparar el desayuno, escribe entanto á Rafael, y estate aquí ; en la tienda no haces falta.

— Adios, Rosa de mi alma ; tú sí que eres buena ; sin ti ya hubiera sucumbido cien veces al peso de mi amargura.

— Piensa en Rafael y serás feliz ; mira, el recuerdo de Carlos disipa todas las penas de mi corazon, y á ti te sucederá lo propio.

La Corneja conoció que la conversacion de las jóvenes terminaba, y se fué retirando en puntillas.

Una hora despues, entró en el cuartò quando las dos hermanas habian salido, y cogiendo la carta de Rafael que Flor del Espino guardó en el cajon, volvió á salir con precaucion. Envolvióse en un manton y se dirigió apresuradamente á la calle del Sordo; llamó á la puertecilla que ya conocen mis lectores, y saliendo á abrir doña Tecla con su papalina de lazos encarnados, la introdujo en la sala donde estaban los retratos de Flora y su padre.

— ¿Qué quereis? la preguntó doña Tecla.

— Entregar esta carta á la señora princesa.

— Bien está; esperad un momento.

Doña Tecla salió.

Á la média hora, la princesa preguntaba á la Corneja:

— ¿Qué hay de bueno?

— Esta carta, que el marqués escribe á Flor del Espino.

— Dádmela.

La leyó para sí, y luego dijo:

— ¿Pero esta chica sabe que su amante es hijo del marqués de Pináres?

— No, señora, le cree un escribiente de la casa.

— ¿Has averiguado ya, si ha sido ella la que les ha dado el aviso para que se salven del puñal de los asesinos?

— No tengo pruebas, pero casi estoy convencida de que sí.

— ¿Y cómo ha podido sorprender nuestro secreto?

— ¡Yo no lo sé! y puedo jurar á V. E. que por mi parte no he cometido ninguna indiscrecion.

— Pues es preciso á todo trance que lo sepas.

— Lo sabria castigándola; pero eso no me lo permitis.

— No; es preciso la trates muy bien, y que se conserve fresca y hermosa para que cada vez la quiera mas Rafael de Pináres : lo que deseo es ver letra suya.

— Al momento puedo complacer á V. E. ; precisamente he recogido estos papeles que tenia sobre la mesa y los traigo para si de algo os pueden servir.

La princesa los tomó, y despues de haberlos leído, exclamó con sorpresa :

— ¡ Versos, y muy lindos, dirigidos á su amante !
¿ luego esa chica es poetisa ?

— Yo no sé lo que es ; siempre está escribiendo, y cantando unas canciones tan tristes, que harian llorar á cualquiera que tenga el alma un poco blanda.

— ¡ Es un tesoro esa criatura ! murmuró la princesa.

— Lo seria para vos ; para mí es una carga insufrible, dijo la Corneja examinando con curiosidad á la aristocrática dama que habia sacado un papel del bolsillo y le cotejaba con los que tenia en la mano.

— No hay duda, murmuró, la letra es la misma.

Luego alzando la voz, dijo á la Corneja, como despidiéndola :

— Tomad esos billetes de Banco, y guardadlos en memoria mia ; es una pequeña recompensa por la carta que acabáis de traerme.

— ¡ Ah ! ¡ señora, el cielo premie vuestra generosidad ! gritó la vieja loca de alegría y retirándose con ridículas contorsiones.

La princesa se adelantó hacia el cuadro que representaba su retrato, y tocando el resorte, giró á un lado, dejando descubierta la entrada, por la que pasó, volviendo á cerrar otra vez ; se encontró en un pasadizo oscuro, y luego atravesando várias habitaciones llegó á una en la cual se veía otra puerta secreta, igualmente cubierta con un cuadro, que dejó paso á la princesa. Esta volviendo á cerrar, se encontró en el lujosísimo gabinete de columnas, que ya en otra ocasion hemos descrito, y que la servia de dormitorio.

CAPÍTULO XV.

REVELACIONES.

Apénas habia tenido tiempo la princesa para reponerse y esconder los versos de Flor del Espino y la carta de Rafael en un cajon de su escritorio, cuando sintió la voz de un criado, que con respetuoso tono anunciaba desde el saloncito al señor baron de Pe-reival. — Que pase, contestó la princesa.

Instantes despues, penetró en el aposento un caballero anciano, inclinándose ante la dama con la mas exquisita galantería.

No reconocerian en él nuestros lectores al mendigo que aparece en el primer capítulo de esta obra.

El dinero de la princesa obró en él en pocos dias una trasformacion completa. De simple caballero, se hizo baron, tuvo casa, magníficos trenes, y criados que obedecian sus órdenes con el mayor respeto. Habitaba un hermoso palacio contiguo al de la princesa, donde no faltaron comunicaciones secretas.

Sus numerosos acreedores fueron satisfechos, y las persecuciones de la justicia cesaron inmediatamente; presentóse en el gran mundo como en sus buenos tiempos, anunciando su regreso de América, y todos, al ver su fausto, creyeron volvia lleno de tesoros. Si le preguntaban por su esposa Flora del Palancar, contestaba, que habia quedado en Paris, y que no tardaria en reunírsele. Esta era la situacion de Pereival cuando se presentó como de visita en el gabinete de la princesa.

— ¿Estamos solos? preguntó cuando hubo desaparecido el criado.

— Sí, amigo mio, contestó la dama señalándole una butaca junto á la chimenea y ocupando la inmediata.

— ¿Y Edelmira?

— Sigue bien; ¿y vos, cómo os encontráis en la nueva casa?

— Perfectamente.

— ¿Supongo no os faltará nada?

— Gracias á vuestra prevision, encuentro siempre á mi lado todo cuanto pudiera desear la persona mas exigente. Solo me falta una cosa.

— ¿Y cuál es?

— El amor de mi hija.

— ¿Insistís en esa quimera?

— Es el anhelo mas ardiente de mi alma.

— ¡Oh! sed razonable, conocéis mi situacion y cuán imposible hallo que os reconozca por padre cuando tiene el convencimiento de ser hija del principe de Florini. Seria deshonrarme á sus propios ojos.

— ¿Y no pudiera yo saber ese misterio? ¿No tengo derecho, siquiera sea por el amor que os profeso, á conocer vuestra verdadera situacion, y por qué lleváis un título que no os pertenece?

— Os lo diré con mucho gusto, si me dais palabra de obedecer siempre mis preceptos, y de ser para mí un esposo tierno y sumiso.

— Haré mas; os lo juraré si queréis. Deseo que nuestra reconciliacion sea sincera, nuestra alianza firme y durable, obrando siempre de comun acuerdo; para esto necesito poseer vuestra confianza y vuestro amor.

— Revelémonos pues los secretos de nuestra vida pasada, ayudándonos despues como buenos y leales esposos á sostener la posicion con que la suerte nos ha brindado.

— Hablad, ya os escucho.

La princesa tardó unos instantos en empezar su relato: veíase embarazada, sin saber qué decir, pues no podia revelar á Pereival la verdadera historia de su vida, y la era preciso convinarlo de modo que no pudiese dudar de sus palabras. Empero, su imagi-

nacion, fecunda en inventivas, no tardó en suministrarla medio para salir del atolladero. Acercó su butaca á la de su esposo y dijo así :

— Sabéis que á los tres dias de nuestro matrimonio, os encerrasteis conmigo en una habitacion de la casa que ocupabais en la calle de S. Jorge, exigiéndome una cantidad fabulosa con objeto de satisfacer á vuestros acreedores...

— Como que solo contaba con aquel recurso para salvarme, y me casé con vos en la confianza de que erais muy rica.

— Os engañasteis, yo no poseía ni un maravedí; así fué, que me quedé en Madrid sin un pedazo de pan y sin hogar donde recogerme, porque todos los muebles y ropa de nuestra casa fueron vendidos. Nada, absolutamente nada me quedó. Acostumbrada á la opulencia, creed que fué muy duro el tener que refugiarme en una miserable buhardilla donde en medio de la mayor pobreza di á luz á nuestro hijo...

— ¿ Á Edelmira diréis ?

— Sí, á Edelmira ; pero yo esperaba un varon, un hombre que me vengase, no una débil mujer que compartiese mis lágrimas y mi infortunio.

Casi todos mis recursos se habian agotado, las pocas alhajas que pude conservar, las vendí, y con su producto atendí á mi sustento algunos meses ; en esto me escribisteis desde Paris, comunicándome me aguardabais en la Habana. Esperé á que naciese nuestra hija para emprender la travesía, y cuando

quise efectuarlo, vi que no tenia dinero, y me era imposible realizar mi propósito. Quise trabajar, y no pude; mis manos no estaban acostumbradas al trabajo, y ninguna labor supe hacer.

La miseria que me amenazaba era espantosa y horrible, cuando un dia se presentó una señora á socorrerme. Con la vergüenza en el rostro y la indignacion en el alma, recibí la limosna ¡ ay ! porque no tenia otro recurso ; creí morir mas que de dolor, de coraje y de desesperacion, y el odio contra las personas que me habian perdido creció gigante y poderoso en mi corazon. ¿Quién es esa dama? pregunté. La marquesa de Pináres, me contestaron. En aquel momento el orgullo me ahogaba : ¡ yo, la condesa del Palancar, aceptar la limosna de la salvaje pastora del Guadiela, de la ruda campesina, que mi indigno hermano habia salvado de la muerte, para que en union de su hija fuesen la causa de mis desventuras !

Sin embargo, la pobreza pesaba sobre mi frente como una barra de fuego, y no tuve mas remedio que ahogar la voz de mi orgullo. Con el dinero que recibí de la marquesa , hice mis preparativos de viaje, y me embarqué en Cádiz con rumbo á Ultramar. Desde entónces, la fortuna comenzó á sonreirme, y vi poco á poco apartarse de mi frente el funesto porvenir que presentia. Y con todo, entónces, despues, y aun hoy mismo, recuerdo dia por dia los nueve meses de miseria, de tormentos y de humillaciones que pasé en la buhardilla.

En el mismo barco que me conducia, hice conoci-

miento con una señora que viajaba de incógnito, acompañada solamente de una niña y de un criado. Éramos las únicas señoras que iban en la embarcacion; esto, unido á la casualidad de que nuestras hijas fuesen de un tiempo, hizo que simpatizásemos de una manera admirable; me confió todos sus secretos, y supe era hija única del príncipe Florini; habíase educado en un convento, y estando en él se enamoró de ella un jóven músico, con el cual se casó en secreto. Tuvieron un hijo; cuando el príncipe supo el casamiento de su hija y la venida al mundo del inocente niño, irritado como es consiguiente, porque su hija habia manchado los ilustres blasones de su casa, mandó perseguir á su yerno y á su nieto, dando órden para que fuesen asesinados donde quiera que los hallasen. Como príncipe y soberano de unos estados poderosísimos de Italia, todo el mundo le temia y se apresuraban á complacerle.

Por esta razon, el infeliz esposo de mi compañera de viaje tuvo que refugiarse en España con su hijo, desde donde pasó á Ultramar, y al embarcarse escribió á su esposa diciéndola que en Cádiz y en parte segura quedaba el niño, porque no queria exponer su salud en una travesía tan larga como la que iba á emprender con el doble objeto de recoger una cuantiosa herencia y de librarse de las persecuciones del príncipe; por último la rogaba se trasladase á Cádiz, si la era posible burlar la vigilancia de su padre, recogiese á su Arturo, pues así se llamaba el niño, y fuesen á la Habana donde la esperaba con la

ansiedad de un buen esposo, y un padre amantísimo.

Efectivamente, la jóven princesa, disfrazada de aldeana, abandonó los estados de su padre, vino á España y se trasladó á Cádiz. Inútilmente buscó á Arturo; la mujer que le tenia no pareció, y la desventurada madre pasó algunos meses en Cádiz haciendo averiguaciones, y esperando la época de su alumbramiento, pues la dejó su esposo embarazada de poquísimo tiempo, cuando tuvo que alejarse, é ignoraba tan fausta nueva, porque la jóven nunca se atrevió á escribirsela por temor de que se descubriese y la arrebatasen tambien su segundo hijo, como habian pretendido hacerlo con el primero.

Dió á luz una niña que llamó Edelmira, y cuando tuvo tres meses se embarcó con direccion á la Habana, y nos encontrámos haciéndose nuestra amistad íntima y cordial, tanto mas por los inmensos peligros que arrostrámos.

CAPÍTULO XVI.

CONTINÚA EL ANTERIOR.

Flora tuvo que interrumpir su relato, porque la anunciaron una visita; despues otros negocios la impidieron continuar. Pereival se marchó; mas fué invitado á tomar el té con la princesa, por cuya ra-

zon se reunieron por la noche : cuando los criados retiraron el servicio, dijo Pereival :

— Tengo viva impaciencia por saber el final de la historia que dejámos pendiente esta mañana.

— Escuchadme, pues; pero ántes, y para que no vuelvan á interrumpirnos, daré orden que no recibo.

Hizolo así, y volviendo despues á ocupar el sillón, avivó la lumbre de la chimenea, y continuó de este modo :

— Un temporal borrascoso, puso muchas veces nuestra vida en peligro.

Un dia, cuando ya creíamos estar cercanas al término de nuestro viaje, oímos un mugido inmenso, atronador, que estremeció vivamente nuestras almas.

Saltámos del lecho, y con nuestras hijas en brazos, salimos á la cámara del capitán.

En aquel momento el barco dió un espantoso tumbo, y el grito de agonía lanzado por toda la tripulación, nos anunció un naufragio seguro.

Las olas se estrellaban contra los costados del buque, rugiendo amenazadoras, y los relámpagos, la lluvia y los truenos, formaban una confusión inmensa.

La bocina de mando dejábase oír con estruendo; nosotras la escuchábamos con terror, arrodilladas sobre cubierta elevando nuestras hijas al cielo, pidiendo misericordia á la madre del sumo Hacedor.

Los cañonazos se sucedian con frecuencia en demanda de socorro, y para mayor desesperacion, veíamos tierra á corta distancia sin poder llegar á ella.

Por fin vimos una embarcacion que se dirigia á toda vela hácia nosotras, pero, ¡ ay ! demasiado tarde, nuestro barco se iba á pique : las olas asaltaron la cubierta.

« ¡ Virgen Santisima, amparadnos ! » se oyó decir á toda la tripulacion en un grito unánime y doloroso.

En aquel momento una ola enorme, espumosa, nos anegó completamente. La princesa perdió el sentido, y cuando volvió en sí, advirtió que las olas la habian arrebatado á su inocente hija. Yo estrechaba la mia entre los brazos y me desmayé. Al volver en mi acuerdo, encontréme en una lancha al lado de la princesa moribunda ; varios marinos que nos rodeaban, nos habian salvado de la muerte.

Toda la tripulacion habia perecido.

Poco despues nos recibia á bordo la fragata española *Santa Rita*, que caminaba con rumbo á Cádiz.

Volvíamos al punto de nuestra partida.

La infeliz princesa, quebrantada por el inmenso dolor de haber perdido su hija, y por los muchos padecimientos de aquel penoso viaje, estaba á punto de entregar su alma al Criador.

Pidió al capellan del barco la confesase, y mas tranquila, despues de haber cumplido este santo deber, me llamó á su lado, y dándome una cartera me dijo :

— Tomad esta cartera que se ha salvado conmigo, porque siempre la llevé en el pecho ; en ella encontraréis los documentos que me acreditan como hija del príncipe de Florini y heredera de sus estados.

Deseo los entreguéis á mi esposo ; que busque á nuestro hijo Arturo, y cuando muera mi padre, le haga reconocer como su legítimo heredero.

Se lo prometí recogiendo aquella preciosa cartera y guardándola en parte segura.

La princesa continuó con voz débil :

— Tambien contiene piedras de gran valor y las memorias de mi vida, la triste historia de mis desdichados amores. ¡ Ay ! he sufrido mucho... mucho... y es mas dolorosa mi agonía , porque pesa sobre mi frente la maldicion y el odio del autor de mis dias. Quiero que me concedáis un favor.

— Con mucho gusto, la contesté.

— Dadme, pues, esa cartera ; me siento con fuerzas, y voy á escribir en mis memorias las últimas lineas.

Se la di, y con trémula mano, estuvo cerrando aquel interesante diario. Despues me dijo al devolvérmela :

— Os ruego vayáis á Italia en seguida á implorar en mi nombre el perdon de mi padre ; decidle que le necesito para la salvacion de mi alma. Que lea mis memorias, verá cuán infeliz he sido, y tendrá lástima de su desventurada hija.

Su voz se debilitaba por grados, y no pudo decir mas. Á la média hora era cadáver.

Yo desembarqué en Cádiz, en cuya ciudad permanecí algun tiempo. Hice nuevas diligencias para buscar al pequeño Arturo, y no encontrándole, me marché con mi niña á Paris.

Los brillantes que contenia la cartera valian una suma enorme ; yo nada poseía, ni recursos para volver á Ultramar á buscaros. Vime pues en una alternativa dolorosa : si vendiendo los brillantes utilizaba su producto en provecho mio, era un robo que me repugnaba, y si lo hacia con objeto de cumplir la última voluntad de la princesa, tenia que ir á Italia ántes que á la Habana donde me esperabais, y era muy fácil que no nos volviéramos á ver.

Pereival interrumpió el relato de su mujer para decirla :

— ¿Y por qué no me escribisteis vuestra situacion ?

— Lo hice infinidad de veces ; desde Cádiz, desde Nápoles y desde Paris : nunca tuve contestacion. Por lo cual, desistí de la idea de volver á buscaros, y tambien os confieso que tomé mucho miedo al mar, y en medio de aquellas angustias que pasámos, prometí no volver á embarcarme.

— Proseguid.

— Completamente decidida, me marché á Italia pidiendo noticias del principe de Florini, y me contestaron que medio loco por la desaparicion de su hija se alejó de sus estados, con propósito firme de no volver á ellos hasta que la encontrase ; nadie sabia su paradero, porque viajaba de incógnito con un solo criado.

Viendo que no podia cumplir el primer encargo de la princesa, el cual era alcanzar el perdon de su padre, me decidí á permanecer en Paris hasta que tuviera noticias tuyas.

Así pasaron ocho años, cuyo tiempo pude sostenerme con la gran cantidad que me valieron los brillantes. Al cabo de este tiempo y viendo que mis recursos se agotaban, me decidí á marchar á Italia. Hicelo así efectivamente, llegando á los estados de Florini el mismo dia que recibieron la noticia de la muerte del principe.

La jóven princesa que habia muerto en mis brazos, no era conocida en sus estados por la circunstancia de haber pasado casi toda su vida en un convento de Florencia, donde conoció á su esposo. Esta casualidad me sugirió la idea de presentarme con su nombre y hacerme reconocer como heredera de los estados, puesto que tenia en mi poder los documentos que acreditaban sus derechos y que yo podia hacer míos.

La miseria mas espantosa me amenazaba, mi porvenir era triste y sombrío. No vacilé pues, y me presenté en el palacio reclamando la herencia de los príncipes de Florini. Nadie me conocia; pero di tales señales y me di tal maña por conquistar la voluntad de todos los súbditos del principado, refiriéndoles mis desgracias, que no pudieron dudar, y fui aclamada solemnemente como princesa de Florini.

Temerosa de que alguno descubriese mi supercheria, y despues que hube asegurado mi suerte, me volví á Francia con pretexto de recoger mi hija que dejé educándose en un colegio de Paris.

¡ Desde entónces no he vuelto por allá! he viajado algunos años por el extranjero, y hace dos vine á es-

tablecerme en Madrid, deseosa de habitar en mi patria, en la que aparezco como extranjera.

— ¿Y no habéis procurado buscar al esposo de la princesa?

— Envié emisarios á América, con objeto de que averiguasen su paradero, y supe que en la Habana habia muerto desgraciadamente á manos de unos bandidos.

— Yo le salvé de la muerte.

— ¡ Vos! ¡ oh! me perdisteis... Me creía enteramente libre y sin que nadie me estorbase en la posesion de mis estados y riquezas, cuando en la última recepcion que tuve se me presentó con el título de conde de Cinkar. Me declaró su nombre, y con voz terrible me preguntó por su esposa y su hijo, porque él ignora el nacimiento de la niña. Aterrada ante aquella atroz aparicion, me desmayé.

La esposa de Pereival calló.

El relój dió en aquel momento la una de la noche; Flora se estremeció.

— ¡ Ay! es muy tarde, murmuró, retiraos, Pereival, no despertemos sospechas en mi servidumbre.

— Tenies razon, adios, pues mañana hablaremos largamente.

Pereival tomó su sombrero; Flora le acompañó hasta el saloncito, y al volver á su gabinete encontró apoyado en una columna, pálido é inmóvil, el conde de Cinkar.

Un estremecimiento nervioso recorrió los miembros de la desgraciada mujer; hizo un esfuerzo so-

brenatural, y apoyándose en la pared quedó con los ojos fijos en la terrible aparición.

CAPÍTULO XVII.

EL CONDE DE CINKAR.

Retrocedamos algunas horas, para explicar al lector la aparición del conde de Cinkar en el aposento de la princesa.

Serian las ocho de aquella misma noche cuando Ruderico salió del palacio, dirigiéndose á la calle del Caballero de Gracia. Detúvose ante una puerta de lujosa apariencia, y subiendo al piso principal tiró de la campanilla.

Tan luego como dijo su nombre al criado que salió, fué introducido en el gabinete del conde.

— ¡Hola! mi querido Ruderico, exclamó afablemente el extranjero, ¿qué hay de nuevo?

— Vengo á comunicaros mis últimas averiguaciones.

— ¿Son importantes?

— ¡Quizá!

— Habla, habla; estoy impaciente por arrancar la máscara á esa aventurera.

— Hace unos dias que mi señora mandó alquilar un palacio contiguo al nuestro; lo han decorado lu-

josisimamente, y ha venido á habitarle el baron de Pereival.

— ¿Será acaso pariente del que me salvó la vida en la Habana?

— Lo ignoro, señor.

— Prosigue.

— Este cabellero, es recibido por mi señora con una confianza sin límites, y por algunas frases que he podido escuchar, debe ser cómplice. Esta mañana ha tenido una larga conferencia : nada pude oír, porque las doncellas de la señora estaban en la pieza de tocador, que es donde suelo esconderme ; pero sé que ha sido invitado á tomar el té esta noche con objeto de proseguir el relato interrumpido por la mañana.

— ¿Y tú crees que ese caballero sabrá el parade-ro de mi esposa y mi hijo?

— Si no lo sabe, la princesa se lo dirá esta noche, y si queréis descubrir una cosa que tanto os interesa, debéis acompañarme.

— ¿Yo, convertirme en espía? nunca, Ruderico, prefirió buscarle y de grado ó por fuerza arrancarle el secreto de esa mujer.

— Eso fuera bueno cuando tuviéramos la certidumbre de que le sabia.

— ¡Y qué hacer, Dios mio!

— Acompañadme, os lo ruego, quedaos en mi cuarto, yo escucharé; y puesto que deseáis tener una entrevista con la princesa, nunca mejor que esta noche ; no recibe á nadie, y os será fácil realizar vuestro intento.

— Sí ; mi único anhelo es hablarla á solas.

— Seguidme pues, y no perdamos tiempo.

El conde tomó una capa de finísimo paño, y embozándose con cuidado salió seguido de Ruderico.

Cuando estuvieron cerca del palacio preguntó el conde :

— ¿ Y podré entrar sin despertar sospechas en los demas criados ?

— Sí, señor, pues al efecto me he provisto de una llave, y entraremos por la escalera secreta que cae cerca de mi cuarto.

Poco despues el extranjero se ocultaba en el dormitorio de Ruderico, y este se introdujo por el de la princesa, quedándose á escuchar detras de las colgaduras de la cama.

Empero, apénas trascurrieron dos minutos, cuando salió, y llegándose adonde estaba el conde, le dijo :

— Venid, señor ; venid pronto, si queréis saber la suerte de vuestra esposa ; pues á ella se refiere toda la conversacion.

No vaciló mas el extranjero ; adelantóse con paso resuelto, y escuchó con viva ansiedad la conferencia que hemos referido á nuestros lectores en el capítulo anterior.

Cuando oyó referir que su esposa llevaba una hija que él no conocia, palpitó de gozo su corazon. Mas de cuatro veces tuvo que apoyarse en Ruderico ; la emocion le ahogaba. Luego, al referir Flora la escena del naufragio, que las olas arrebataron la niña,

y despues la muerte de la desgraciada princesa, creyó morir. Desfallecido de dolor, cayó en los brazos de su fiel criado; las lágrimas corrian por sus mejillas; sin embargo escuchó hasta el final aquella dolorosa historia, y la infame usurpacion del título y de los estados que pertenecian á su hijo Arturo.

¿Y dónde encontrar aquel niño? nadie sabia su paradero. No le quedaba mas recurso que arrancar la máscara á Flora, obligarla á que entregase las memorias de la princesa, y que firmase una declaracion, revelando la muerte de la noble señora, acaecida á bordo de la fragata española *Santa Rita*.

Con este objeto, esperó el conde lleno de dolorosa ansiedad á que se marchase Pereival; tambien descubria en él á su salvador de la Habana, y se propuso manifestar en otra ocasion su inmenso reconocimiento.

Para que nuestros lectores comprendan la situacion del conde, les advertiremos algunas circunstancias de su vida.

Llamábase Giacomo Albertini.

Habia nacido en Italia, y era hijo de una noble familia, aunque pobre. El hermano mayor de su padre, era el conde de Cinkar, se casó en América, donde habitó muchos años sin hacer caso de su familia.

Giacomo Albertini manifestó, desde su mas tierna edad, una pasion extremada por la música. Dedicóse á ella con afan, y con el tiempo llegó á conocersele como uno de los primeros profesores de Italia.

Murieron sus padres, y quedó en una situación bien precaria; entónces el arte, que le habia servido de recreo, lo hizo una profesion con la cual ganaba honradamente su sustento.

Un dia, estando tocando en la iglesia de un convento de Florencia, en ocasion en que cantaban las religiosas, le admiró la magnífica voz de una de ellas, preguntó su nombre, y le dijeron era de una educanda hija del príncipe Florini.

Procuró verla y quedó prendado de su hermosura; desde entónces hizo todos los esfuerzos imaginables porque le nombrasen profesor de las educandas del convento, lo cual consiguió á fuerza de perseverancia.

Nuestros lectores saben ya que se casó en secreto con la princesa; las persecuciones que sufrió del padre de esta, y por último, tuvo que salir de Italia al propio tiempo que en una carta de América le anunciaban el fallecimiento de su tío, que le dejaba por único heredero de sus bienes.

Partió para la Habana, y dejó en poder de una señora á su hijo Arturo, porque, bastante delicado el niño, le aconsejaron los médicos que no le expusiese á los peligros de una navegacion.

Desde entónces, no volvió á saber de su hijo ni de su mujer.

En vano la escribió repetidas veces, hasta que ya, cansado de esperar, se vino de América y fué á Italia, donde supo que su esposa habia desaparecido, y su padre, el príncipe de Florini, la buscaba por todas partes con un ardor sin medida.

Pasó mucho tiempo en inútiles averiguaciones, y habiendo perdido la esperanza de encontrar á los caros objetos de su corazon, se retiró á Paris, donde estuvo mucho años viviendo en un modesto cuartito, y fué donde le conocieron Rosa y Flor del Espino.

Un dia recibió una carta de Italia, y es á la que hace Rosa referencia ; en ella le decian que el príncipe de Florini habia muerto, y su hija habia sido solemnemente reconocida como heredera de sus estados. Partió para Italia, creyendo segura su felicidad ; y cuando llegó, ya habia salido la princesa con direccion á Paris, pero viajaba de incógnito, y no le fué posible encontrarla.

Mucho tiempo pasó en la mayor desesperacion, hasta que en un periódico de España, vió el nombre de su esposa en una lista de señoras que habian asistido á un baile. Inmediatamente se dirigió á Madrid, acompañado únicamente de Ruderico.

Hizose presentar en casa de la princesa cuando ya tenia la dolorosa certidumbre de que no era su esposa ; pero animado con la esperanza de adquirir noticias suyas y de su querido hijo.

CAPÍTULO XVIII.

LA CELADA.

La primera impresion de Flora al verse frente á frente con el conde de Cinkar, fué de temor. Era culpable y no pudo ménos de temblar.

Instantáneamente se pintó en su semblante, despues del terror, el asombro, por encontrarle en la puerta de su alcoba, por donde solo entraban sus más íntimas camareras.

Empero acostumbrada á lances serios toda su vida, no era mujer que se desalentase mucho tiempo. La audacia y el descaro le eran habituales y pronto encontró recursos en su imaginacion para salir bien de aquel apuro.

El conde, con los brazos cruzados sobre el pecho, la contemplaba en silencio. Demasiado embebido en su dolor, no sabia cómo empezar una conferencia que tanto habia deseado. Así fué, que dió tiempo á Flora para reponerse, y para estudiar la conducta que la convenia seguir.

Convencida de que el esposo de la princesa podia perderla y que hubiera sido inútil negar una cosa que él la probaria en seguida, se adelantó con resolucion y dijo señalando una butaca próxima á la chimenea :

— Tomad asiento, señor conde ; que aunque me hayáis sorprendido en mi cuarto de una manera indigna de un caballero, no por eso he de ser ménos atenta.

Asombrado por aquella audacia, la miró el conde con desden, y al propio tiempo que una sonrisa de desprecio se dibujó en sus labios, dijo sin variar de postura :

— Habré imitado, señora, la buena fe con que habéis cumplido los encargos de una moribunda...

Flora se mordió los labios, y sin resentirse, volvió á decir con la mas fina cortesía :

— Obré segun las circunstancias : mas tened la bondad de ocupar un asiento, y os daré cuantas explicaciones tengáis á bien pedirme.

— Serian inútiles ; todo lo sé ; y únicamente exijo de vos en este momento, me entreguéis las memorias y los documentos que mi esposa os confió en su última hora, á bordo de la fragata *Santa Rita*.

— No tengo inconveniente ; pero debo advertiros que no están en mi poder.

— ¿ En qué manos habéis depositado unos papeles de tanta importancia ? Ved que si me engañáis estoy resuelto á usar con vos la mayor severidad ; puedo perderos con una palabra, haciéndoos arrojar de una casa que no os pertenece.

— Ni á vos tampoco, murmuró Flora con voz sorda.

— Á mí, sí, señora, como tutor de mi hijo.

— Presentad ese hijo, y os cederé de buen grado cuanto poseo.

— No necesito presentarle para reclamar sus derechos, y que vos quedéis en el lugar que os corresponde.

— Convenid en que no adelantáramos nada, ni vos, ni yo ; al paso que unidos y en buena armonía acaso consigáis vuestros mas vehementes deseos.

— Mis deseos en este momento solo son leer esas páginas adoradas, escritas únicamente para mí por mi desventurada esposa.

Una lágrima asomó á los párpados del caballero, que se apresuró á enjugar. Adelantóse, y apoyándose en el respaldo de una butaca se quedó mirando á Flora fijamente.

Esta sostuvo aquella mirada y exclamó :

— Las tendréis, señor conde ; pero dadme un término siquiera para ir á recogerlas.

— No me separo de vos hasta que consiga mi deseo.

— ¿Estáis decidido ?

— Sí.

— Pues acompañadme.

— ¿ Vais á salir á la calle ?

— No tengo otro remedio, si os empeñáis en adquirir un objeto que no está en mi poder.

— Bien, salgamos ; no puedo dar tregua á mi impaciencia.

Flora se envolvió casi por completo en un largo abrigo, y señalando la puerta del dormitorio, dijo :

— Saldremos por ahí, pues supongo habréis entrado sin que os vean mis criados.

— Únicamente una doncella sabe que estoy aquí,

dijo el conde por no descubrir á Ruderico; saldremos por la escalera secreta, aquí tengo la llave.

— Ya que conocéis el camino, guiad pues.

— ¡ Oh ! no, señora; permitid, vos delante, exclamó el conde haciendo pasar á Flora la primera.

— ¡ Teme una celeda ! murmuró esta para sí, y en el mismo tono continuó, no es mala la que le preparo.

Instantes despues estaban en la calle del Turco.

La luna aparecia entre densos nubarrones, prestando muy escasa claridad.

— ¿ Queréis apoyaros en mi brazo ? dijo el conde, mas que por galantería, por temor de que escapase burlando su vigilancia.

— Con mucho gusto, contestó Flora, apoyando su blanca y torneada mano en el brazo del conde.

— ¿ Vamos muy léjos ?

— Tres pasos de aquí.

— Es muy extraño no tengáis en vuestra casa unos papeles de tanta importancia.

— Donde los tengo, es mi casa tambien, y mas segura que el palacio donde habito, pues en ella no me venden las doncellas. Y á propósito, ¿ no tendréis la bondad de decirme cuál es la culpable ?

— ¡ Eso nunca !

— Bien, calladlo si gustáis, mañana serán todas despedidas.

Efectivamente, cumplió su palabra, pues al siguiente dia todas las criadas eran nuevas en el palacio de Florini.

Llegaron á una casita de mezquina apariencia, situada en la calle del Sordo.

Al mismo tiempo, la sombra de un hombre se deslizó cerca de ellos y fué á situarse en el umbral de una casa de enfrente.

El conde lo vió y dijo para sí, reconociendo al embozado :

— Es Ruderico, nada tengo que temer.

La princesa llamó de una manera particular.

Pasaron algunos minutos, y nadie contestó.

Volvió á llamar con viva impaciencia, y á este segundo llamamiento se oyó una voz atiplada y chillona, que á bastante distancia exclamó :

— Ya voy.

Á poco fué la puerta franqueada por doña Tecla, que apareció medio desnuda, envuelta en un manton de lana, pidiendo mil perdones por la tardanza.

— Entrad, señor conde, dijo Flora.

— Permitid, contestó este inclinándose y haciéndola pasar ántes ; luego dirigió una mirada á Ruderico que, inmóvil, continuaba en el mismo sitio, y siguió á la dama, asegurándose primero de si estaban dispuestas á salir con facilidad dos pistolas que llevaba en los bolsillos del gaban.

La puerta se cerró, quedando la calle silenciosa y oscura.

Ruderico abandonando el quicio donde se apoyaba, llegóse á la puerta que acababa de cerrarse, y se puso á mirar con la mayor atención por la cerradura.

En tanto la dama, doña Tecla y el conde, subian

en silencio la escalera que ya conocen nuestros lectores, y penetraban en la salita donde Ataulfo y la Corneja tenian sus conferencias con la princesa.

Esta cambió unas palabras en voz baja con la jorobada, y luego, adelantándose hacia la chimenea, señaló al conde un asiento.

— Sentaos.

— No vengo para sentarme, repuso el conde mirando con recelo en su derredor y alarmado al ver que la puerta de la sala se habia cerrado por una mano invisible.

— Voy al momento á buscar en ese escritorio los papeles que deseáis ; y si no, tomad la llave y buscadlos vos mismo; están en el primer cajon de la derecha.

Flora dió al conde la llave ; este al abrir el cajon volvió la espalda al retrato que ocultaba la puerta secreta, por la cual Flora salia y entraba desde su palacio.

Por mas esfuerzos que el extranjero hacia para abrir la papelera, ménos cedia.

— Me habréis dado la llave equivocada, dijo volviéndose para buscar á la princesa, pero estaba completamente solo ; la astuta dama habia desaparecido por la puerta secreta, y detras del retrato se reía á carcajadas al ver los denuestos é imprecaciones con que el infeliz conde desahogaba su justisima ira.

CAPÍTULO XIX

DOÑA TECLA.

Hemos dicho que al entrar la princesa con el conde en la sala, cambió algunas palabras en voz baja con la jorobada; debió sin duda ser una orden terminante; porque la pobre mujer, á pesar de lo avanzado de la hora, se envolvió en un manton, y despues de asegurar con fuertes cerrojos la puerta de la habitacion donde quedaba encerrado el extranjero, bajó á la calle y se deslizó como una sombra por la acera, dirigiéndose con paso acelerado hacia el barrio de Lavapiés. Ruderico la vió y estuvo indeciso si la seguiria ó no.

Examinó con detencion la casa donde quedaba su señor, y la encontró pobre, de miserable apariencia, y sin ninguna ventana al exterior. Poco tranquilo con este reconocimiento, temió una emboscada; era la princesa una mujer tan malévola y de tan perversos instintos, que nada bueno podia esperarse de ella.

— ¡Nos aseguraremos por si acaso! murmuró el mancebo echando detras de la jorobada.

Al llegar á la esquina vió á un sereno, y aproximándose le dijo señalando con la mano la casa sospechosa :

— Os ruego tengáis la bondad de guardar aquella puerta, y si veis salir un extranjero, preguntadle su nombre; si es el conde de Cinkar, le decís que me aguarde en su casa.

— ¿Y si fuera otra persona? preguntó el vigilante nocturno.

— Tomad sus señas y ved dónde se dirige. Os ruego no os apartéis de aquí; quizá en seguir las indicaciones que os he hecho, prestéis un servicio á la humanidad, y á una persona que sabrá recompensaros espléndidamente.

— ¡Id descuidado, que no faltaré!

— ¡Mil gracias! Hacedme el obsequio de admitir esa insignificante prueba de mi reconocimiento.

Rudérico se desprendió de un magnífico reloj que llevaba puesto, y lo entregó al sereno.

Luego partió á escape en seguimiento de doña Tecla, que acababa de doblar la próxima esquina.

La pobre mujer caminaba de prisa todo lo que la permitian sus piernas de cincuenta abriles.

— Muy deprisa andáis, señora mia, la dijo el joven colocándose á su lado.

— Si no vinierais tras de mí, no lo veriais.

— Es que me da pena ver á estas horas y por calles tan solitarias á una persona de vuestro mérito, y me he propuesto acompañaros.

— ¡Sí, hé! pues gracias, no necesito compañía.

— Yo si necesito la vuestra; y como llevamos el mismo camino, me permitiréis cumpla con vos un deber de galantería.

— De ningun modo lo permito ; dejadme ó llamaré un sereno que me libre de semejante importuno.

— ¡ Válgame Dios ! ¡ qué poco agradecida ! Pues mirad que vais á unos barrios poco concurridos, y no os seria perjudicial mi compañía.

— ¡ Y qué sabéis vos dónde yo voy ?

— ¡ No lo he de saber ! si me acaba de decir la señora princesa que os acompañe.

— ¡ De véras !

— Como lo oís.

— ¡ Oh ! á fe de Tecla que se lo agradezco en el alma ; pues siempre que vengo á esa caverna de la lechuza, tiemblo sin saber por qué.

— ¡ Hola ! murmuró Ruderico para sí ; ya sé que esta maldita jorobada se llama Tecla. Por el hilo saldrá el ovillo, sigamos interrogando.

Luego en voz alta añadió :

— Como la señora es tan buena, habrá tenido lástima de haceros salir á estas horas.

— ¿ Vos tambien seréis criado suyo, supongo ?

— Sí, señora, mi querida doña Tecla.

— ¿ Tambien os ha dicho mi nombre ?

— ¿ Y si no me lo hubiera dicho, de qué lo habria de saber siendo la primera vez que tengo el gusto de conoceros ?

— Tenéis razon, y ¿ vos cómo os llamáis ?

— Mi nombre es... Liborio Travesáños.

— Pues bien, señor don Liborio, desde que os estoy hablando me parece encontrar un acento extranjero muy marcado ; ¿ no sois español ?

— Y de la mejor tierra de España ; andaluz, solamente que he servido muchos años á un italiano, y se me habrá pegado algo su modo de hablar.

— En eso puede que consista ; encuentro en vos mucha semejanza con un caballero que conocí hace años en Cádiz, y cuyo recuerdo tengo siempre presente.

— ¿ Sabéis su nombre ?

— Se llamaba Zacarías Mariani.

¿ Y en qué ocasion le conocisteis ? preguntó con ansiedad Ruderico.

— Cuando se marchaba á la Habana con su amo el señor Giacomo Albertini.

— ¿ Seria cuando dejaron el niño Arturo ?

— Justamente, ¿ pero los conociais ?

— Muchísimo. ¡ Ah ! decidme, y ¿ qué fué de aquel niño ?

— No os lo puedo decir ; le tuve dos años conmigo, cuando me vine á Madrid á asistir á mi padre en su última hora, y al volver á Cádiz habia muerto la señora en cuya casa le dejé, y nadie supo darme razon ; solo me dijeron que un caballero se habia encargado de buscarme en Madrid y entregármele ; me volví otra vez en busca suya, y no le pude encontrar. Desde entónces, perdí la pension que me daban por cuidarle, y como casi era mi único recurso me he visto en la mayor miseria, hasta que entré al servicio de la princesa.

— ¿ Y hace muchos años os colocó en esa casa de la calle del Sordo ?

— Año y medio.

— Bien pudiera teneros en su palacio de ama de llaves, y no haciendo unos papales tan poco dignos.

— Y qué queréis : no estaria esa suerte para mí ; yo bien quisiera no ser el instrumento de sus infamias, pero mi situacion es muy triste y tengo que amoldarme á todo, si he de asegurar algunos recursos para mi vejez.

Aquí llegaban de su conversacion, cuando se detuvieron á la puerta de la hostería de la Corneja.

— ¿ Hemos llegado ? preguntó Ruderico ; pues la señora con la prisa que me daba por que os alcanzase, no me ha dado instrucciones ningunas.

— Aquí es donde vengo á buscar al señor Ataulfo, y como es tan tarde, Dios sabe si estará ya.

— La puerta está entornada y dentro suenan voces de bebedores ; ¿ queréis que pregunte ?

— Oslo agradeceria en el alma, porque me repugna entrar en estas guaridas de asesinos y malhechores.

— ¿ Luego el que venís buscando es ?...

— Un bandido que llaman Ataulfo.

— ¿ Y qué recado hay que darle ?

— De parte de la princesa, que esta noche, ántes de amanecer, vaya á la casa de la calle del Sordo con cuatro ó seis de sus compañeros.

— Bien, esperadme y yo se lo diré.

Ruderico entró.

La Corneja estaba, como siempre, medio dormida detras del mostrador ; varios bebedores, y entre ellos Ataulfo, estaban jugando á las cartas al rededor de una mesa.

Rosa, con los brazos cruzados sobre el pecho, se apoyaba tristemente en el marco de una ventana.

Ruderico se dirigió á ella y la preguntó :

— ¿ Bella niña, tendréis la bondad de decirme si está en la hostería Ataulfo ?

— Vedle allí.

— ¿ Cuál es ? porque no le conozco.

— El de las patillas.

— Mil gracias.

Se acercó á la mesa y dijo al bandido :

— ¿ Queréis escuchar una palabra ?

— Estoy ocupado , dejadme en paz, repuso con desabrido tono.

— Vengo de parte de una señora...

— Vaya con mil diablos la tal señora.

— Que vive en la calle del Sordo, concluyó de decir Ruderico con pausado acento.

— ¡ Ah ! dispensadme, dijo el bandido al oír las últimas palabras.

Soltó las cartas, y separándose á un lado le preguntó:

— ¿ Qué me quiere la señora princesa ?

— Me ha encargado os diga que pasado mañana al amanecer estéis en la casa de la calle del Sordo.

— Está bien, iré ; ¿ pero solo ó acompañado ?

— Nada me ha dicho ; supongo no deseará llevéis compañía.

— No faltaré, adios.

— Buenas noches, exclamó Ruderico saliendo de la hostería, despues de haber dirigido á Rosa una profunda mirada.

— ¡Qué lástima de chica! murmuró.

— ¿Y bien, señor Liborio, habéis desempeñado ya la comision? le dijo la jorobada.

— Segun me lo habéis dicho, sin quitar una letra; ántes de amanecer irá al sitio designado por la señora, con seis de sus mas bravos compañeros.

— No faltará por la cuenta que le tiene.

— ¿Queréis cogeros de mi brazo? repuso Rude-rico, queriendo captarse la voluntad de la vieja con aquella muestra de galantería.

— Con muchísimo gusto, exclamó la jorobada loca de alegría y colgándose al gallardo mancebo con la mayor familiaridad.

Siguieron por la calle de la Magdalena, embebidos en una conversacion tiradísima y animada, la que me propongo referir á mis amables lectores en otra ocasion, porque nos es preciso volver á encontrar á otros personajes que tenemos hace tiempo en olvido.

CAPÍTULO XX.

LA VISITA.

En un elegante salon del palacio de Pináres, hallábanse á las cuatro de la tarde Rogelio, su esposa y Honorata.

Cerca del balcon, y sentada junto á un velador,

estaba esta última entretenida en hojear un álbum. Su semblante pálido y triste, demostraba que una amargura inmensa inundaba aquel jóven corazón de diez y seis años.

Rogelio ocupaba un asiento al lado de la marquesa en un divan, y la contemplaba en silencio.

— ¿Qué tienes, esposa mia, murmuró? ; Cuando debieras estar alegre por nuestra milagrosa salvacion, te hallo melancólica, sombría !...

Esta amarga reconvencion hecha en un tono de voz dulce, pero grave, hizo estremecer á la marquesa: fijó en su esposo una mirada tierna y expresiva, al propio tiempo que señalando con un signo imperceptible á Honorata exclamó en voz baja :

— Estoy triste porque ella lo está.

— ¿Y cuál es la causa?

— Lo ignoro.

— Interroguémosla.

— Es inútil ; la he preguntado mas de cien veces, y solo contesta con lágrimas y suspiros á mi tiernísimo empeño.

— ¡ Oh ! pues es preciso averiguarlo á todo trance; en pocos dias ha perdido el sonrosado matiz de sus mejillas ; está pálida, ojerosa y su salud se debilita.

— ¿ Y qué hacer? ; Dios mio ! exclamó la marquesa.

— Quizá Rafael lo sepa.

— Tambien le hallo desconocido ; y no sé qué pensar de su conducta ; sale de casa con mucha frecuencia y jamas dice dónde va ; esto me martiriza porque nunca ha tenido reserva conmigo.

— Bien, yo lo arreglaré ; esta noche los llamaré á mi cuarto y les exigiré explicaciones.

— Dios quiera descubramos la llaga para aplicar un remedio eficaz.

Rogelio abandonó su asiento ; y sin dejar de mirar á Honorata se puso á dar paseos por el salon.

La arrogante y gallarda figura del marqués se reflejaba en las magnificas lunas venecianas.

Los que le hayan conocido casi un niño, sumiso y dócil como un cordero en la *Pastora del Guadiela*, se admirarán al encontrarle severo y majestuoso.

Al presente tiene treinta y cuatro años, y está en todo el brillo de la juventud.

No me detendré á hacer su retrato, porque es un personaje demasiado conocido de mis amables lectores. Aunque ha crecido y se ha desarrollado mucho mas que cuando le presentámos de diez y seis años, su excelente corazon y sus bellísimos sentimientos son siempre los mismos.

Continuaba paseándose, y las losdamas entregadas á sus reflexiones, cuando un criado anunció desde la puerta :

— La Excma. señora marquesa del Rio.

— ¡ Mi querida marquesa ! exclamó la de Pináres, adelantándose á recibir á la recien venida.

— ¿ Cómo estáis ? preguntó la del Rio estrechando con efusion las manos que le presentaban las dos señoras.

— Muy bien ; ¿ y vos ? ¿ y Leticia ?

— Yo perfectamente ; Leticia, como siempre ; ¿ y vos, mi querido marqués ?

— Estoy á vuestros piés, contestó inclinándose.

Las damas ocuparon asientos cerca del sofá.

Luego continuó la del Rio, dirigiéndose á Rogelio :

— He sabido vuestra milagrosa salvacion en las montañas de Navarra, y os pido mil perdones por no haber venido ántes á felicitaros.

— Estáis dispensada ; vuestra buena amistad es demasiado sincera para reparar en etiquetas.

La del Rio exclamó :

— Yo hubiera tenido mucho gusto en cumplir este deber tan grato á mi corazon, pero me ha sido imposible separarme ni un minuto de esa pobre Leticia. Ha tenido uno de esos accesos que con tanta frecuencia la acometen y hasta he llegado á temer por su vida.

— ¡ Infeliz ! ¿ y no se halla remedio á su mal ? preguntó la de Pináres.

— ¡ Ah ! ninguno : hemos apurado todos los recursos de la ciencia ; ha recorrido infinidad de países buscando alivio en aguas medicinales, y no ha sido posible arrancar de su mente la horrorosa escena que la volvió loca.

— ¿ Luego ha sido causa de un fatal acontecimiento su locura ? preguntó Honorata, vivamente interesada y tomando parte en la conversacion.

— Sí, hija mia, acontecimiento bien cruel y doloroso.

— Lo ignoraba.

— Estando en Paris entraron ladrones una noche en la casa donde habitaba Leticia con su esposo, que era hermano del mio. Como es natural, al verse sorprendido procuró la defensa, y los infames bandidos

le asesinaron en presencia de su pobre esposa; no contentos con esto, la arrebataron sus dos hijas, angelicales criaturas de tres años poco mas.

¡ Oh qué atroz ! ¿ y no las ha vuelto á recobrar ?

— Han trascurrido diez y seis años y ni una noticia hemos tenido de su paradero.

— ¡ Pobrecitas !

— Desde aquel dia, la desventurada Leticia perdió la razon; y aunque no es una locura furiosa, parte el alma verla y oirla. Tiene tan presente su desgracia, que se la figura estar siempre viendo á los ladrones; se agita, se pone delirante como si realmente la estuviera pasando y grita con un acento desgarrador capaz de conmover un corazon de piedra: « ¡ mis hijas ! ¡ mis hijas !... no me las arrebatéis; ¡ ay ! ¡ no me queda en el mundo otro consuelo !... »

Continuamente está con esta manía, y yo creo la quitará la vida.

— ¿ Y no sale á la calle ? preguntó Rogelio.

— Cuando la veo algo mas tranquila, la hago salir en coche á dar un paseo; y por cierto que hace pocos dias me pasó una escena graciosísima.

— Contádnosla, querida marquesa, dijo la de Pináres.

— ¿ Conoceréis á esa princesa de Florini que tanto se parece á aquella Flora, hija del conde del Palancar, que tan malos ratos nos dió ántes de casarse con Pereival ?

— Sí, la tratamos bastante.

— Pues bien; hizo la casualidad que la encontrá-

semos paseando á pié por la Castellana la última tarde que hice salir á mi cuñada. La buena señora se dirigió con la mayor finura á saludarnos ; pero apenas Leticia fijó en ella sus asombrados ojos , cuando exclamó llena de terror y haciendo esfuerzos por alejarse :

— ¡ Oh ! ¡ no hables nunca á esa mujer, es Flora del Palancar..... es la hija maldita por su padre moribundo... guárdate de su odio, guárdate, hermana, porque le lleva escrito en la frente !...

— Tranquilízate, hija mia, la dije ; esta señora es la princesa de Florini.

— No lo creas ; te engaña ; ven, ven, huyamos...

Y me arrastró casi por fuerza á tomar nuestro carruaje.

— ¿ Y qué dijo la princesa ? preguntó Rogelio.

— Se quedó silenciosa mirándonos con asombro ; yo la dije al oído : dispensad, señora, está loca, y os confunde con otra ; me contestó solamente con una inclinacion de cabeza.

— Los locos y los niños tienen cierto instinto de adivinacion que no se les puede negar, dijo Rogelio sonriendo.

— ¿ Acaso tenéis la propia idea ? le preguntó su esposa.

— No diré que sea Flora, aunque se parece mucho ; pero sí que es una mujer de perversos instintos malévolos, cruel y antipática en alto grado.

— Pues nosotros no tenemos ninguna queja de ella, dijo la de Pináres.

— Ni yo tampoco, añadió Rogelio ; mas sin poderlo

remediar y sin saber por qué, mi corazón repele á veces personas que no he visto en mi vida, ni tengo motivos para amar ni para aborrecer. La princesa es una de ellas.

— En eso te pareces á tu madre, le dijo su esposa : luego volviéndose á la del Río, añadió : otra escena por el estilo tuvo lugar aquí hace pocas noches ; fué el caso que vino la princesa á visitarnos, mi querida mamá tenia deseos de conocerla, y como está enferma no puede abandonar el lecho ; nos rogó hiciésemos pasar á la princesa.

Pasó efectivamente ; pero estuvo brevísimos instantes, porque mi mamá apenas la dirigió la palabra, miróla con una instintiva antipatía. La preguntámos despues la causa de una conducta tan extraña, y nos contestó :

— ¡Guardaos de esa mujer !... es Flora del Palancar y concluirá por perderos...

— Pero, señora, repliqué yo, es imposible ; Flora era mas baja, morena, con el cabello oscuro ; y la princesa es mas alta, blanca y rubia.

— No importa, no importa, replicó, ¡guárdate de ella !... no permitas, hijo mio, que penetre en esta casa, si aprecias tu tranquilidad.

— Yo conozco que son muy parecidas, dijo la del Río ; mas no paso ni aun á imaginarme que pueda ser ella, y mucho ménos desde que Heraclio de Pereival está aquí. Hace poco fué á visitarme y me aseguró que no tardaríamos en ver á su esposa.

— Lo propio nos ha dicho á nosotros, continuó la

de Pináres. Nos ha ofrecido su casa con la mayor finura, mostrándose sumamente amable, y sin recordar ni una palabra de lo pasado.

Rogelio movió la cabeza con desconfianza, y procuró cambiar la conversacion.

Hablaron despues de cosas indiferentes, hasta que se despidió de ellos la marquesa del Rio.

Un criado anunció que la comida estaba servida, y se dirigieron los tres al comedor.

— ¿Y Rafael? preguntó Rogelio.

— No ha venido, le contestaron.

— Cuando venga, que espere mis órdenes en su cuarto, dijo el marqués con severidad.

La marquesa y Honorata bajaron la cabeza tristemente.

CAPÍTULO XXI

DOLOR PROFUNDO.

La bella y elegante condesita del Palancar estaba muy triste : nuestros lectores conocen el origen de su dolor ; mas ignoran el fatal acontecimiento que contribuyó á agravarlo en grado desesperante.

Al amanecer del mismo dia en que advirtió el marqués el repentino cambio de su protegida, estaba

la jóven en su gabinete, vestida ya como si hubieran sido las doce de la mañana.

Al irse á acostar la noche anterior, vió sobre su velador un billete anónimo, en el cual la avisaban que si queria sorprender á su amante Rafael de Pináres, en una cita amorosa con Flor del Espino, que acudiese á las seis de la mañana á las alamedas del Retiro junto al Observatorio, donde los hallaria sin duda alguna.

La condesa leyó muchas veces este billete, en el que cada palabra era un dardo agudo que penetraba en su sensible corazon.

Pidió el coche para las seis de la mañana, y despidió á sus doncellas.

No quiso acostarse; el descanso corporal la era indiferente, cuando sostenia su alma una lucha tan atroz.

Pasó la noche en una butaca, cerca de la chimenea, contando con dolorosa impaciencia las horas que daba el reloj.

Por la mañana estaba calenturienta y destemplada; sin embargo, al marcar la aguja las cinco y média, tiró de la campanilla.

Se presentó Aurora.

— ¿ Ha llamado V. E.? dijo con sorpresa al encontrarla ya vestida.

— Sí, tráeme una manteleta y un sombrero.

— ¡ Ah! ¿ señora, vais á salir tan temprano? ¡ Ved que hace fresco!...

— Obedece y calla; no te pregunto el tiempo que hace.

Aurora bajó la cabeza, entró por las prendas que le habia pedido la condesa, y observó que la cama estaba hecha igual que la dejaron la noche anterior.

— ¡Oh Dios mio! murmuró tristemente; mi señora no se ha acostado; está pálida, abatida y resuelta á salir tan temprano, cuando nunca lo acostumbra; algun acontecimiento grave la ocupa y la roba la salud.

Las anteriores reflexiones hicieron saltar lágrimas de sus ojos. No es extraño, queria á su jóven ama con la mayor ternura; habíala recibido en sus brazos al nacer, y desde entónces ni un solo instante se habia separado de su lado, sirviéndola siempre mas que de doncella, de confidente y de amiga.

Salió al gabinete, donde ya no pudo comprimir los sollozos, al ver que la condesa exclamó apoyándose en el mármol de la chimenea:

— ¡Oh Dios mio! ¡Dios mio! ¡cuán desgraciada soy!...

— ¡Ay! señorita de mi alma, mas infeliz soy yo por haber perdido vuestra confianza.

— ¿Qué dices? ¿y á qué ese llanto, Aurora?

— ¡Os veo abatida; revela vuestro semblante un pesar inmenso, y no puedo consolaros, ni adivinar la causa!... Siempre he tenido la dicha de que me confiaseis vuestros pensamientos; ¿por qué razon usáis hoy una reserva conmigo que me ofende y desconsuela? ¿qué he hecho yo, pobre de mí, para merecer vuestro desagrado?

La condesa, que no podia sostenerse en pié, habia

caído en un sillón; Aurora se arrodilló á sus piés, y redobló su llanto.

— Tú no has incurrido en mi desagrado, la dijo Honorata cogiéndola cariñosamente una mano; eres mi amiga, mi compañera inseparable, la que ha cuidado de mi niñez con el celo de una madre y siempre merecerás mi confianza.

— ¡Pero confesad que ahora no es así!...

— ¡Porque soy muy desgraciada! y la desgracia lo mismo que la felicidad nos hace egoístas.

— ¡Oh! ¡vos infeliz! ¡vos, la mas pura y angelical de las mujeres!... ¿quién ha sido la causa de que padezcáis? ¡debe ser un infame!...

— ¡Calla, Aurora, yo amo al que causa mis males con el ardor de la fiebre, con la pasión mas insensata que puede abrigar el corazón humano!...

— ¿El señorito Rafael?

— Sí, mi prometido, mi amante... ¡ya no me ama!...

Dijo la condesa estas palabras con un acento tan desgarrador y tan profundamente triste, que Aurora tembló; aquella calma la aterraba. Hubiera preferido ver á su querida señorita deshecha en llanto, desahogando su pesar con el benéfico rocío de las lágrimas y no pálida, desesperada, febril...

— ¡Ay! señorita de mi vida; ¡y con esa calma decís que ya no os ama!

— ¿Y qué he de hacer? ¿Crees que no sufro?

— ¡Creo que os estáis matando! llorad en mi seno su ingratitud, y luego olvidadle...

— ¡Olvidarle ! ¡ nunca ! ¡ su amor ó la muerte !

— ¿ Y cuál de las dos cosas vais á buscar en este momento ?

— Ninguna. Voy á adquirir la certidumbre de su perfidia.

— ¿ Luego no tenéis pruebas ?

— Sí ; una carta que ha dirigido á su amada, á ese ser tan afortunado que ha tenido la dicha de arrebatarme su corazon. Hoy tiene una cita con ella en el Retiro ; quiero verlos, escuchar sus palabras y apurar el veneno hasta la última gota.

— ¡ No vayáis, por Dios ! ¡ vais á poneros mala !...

— No importa ; estoy decidida, y no te permito que contraries mi deseo.

— ¡ Pero al ménos dejadme acompañaros !

— Corriente : ven conmigo, pero te quedarás en el coche miéntras yo sorprendo su secreto.

— Donde ordenéis ; lo que quiero es estar cerca de vos para acudir al momento en caso de necesidad, pues preveo un mal muy grave ; vos tan delicada, tan sensible, no podréis soportar una escena semejante.

— No temas ; ¿ ves qué serena estoy ? Aunque tengo el corazon partido en mil pedazos, ni una lágrima he podido derramar en todà la noche.

— ¿ Y no os habéis acostado ?

— Ese sillón ha sido mi lecho ; el sueño no ha cerrado mis párpados ni un minuto.

— ¡ Oh Dios mio ! ¡ Dios mio ! murmuró la leal jóven contemplando el melancólico semblante de su señora con dolorosa ternura.

— Vamos, vamos : no hay tiempo que perder.

— Cuando gustéis.

Aurora puso á Honorata la manteleta y el sombrero, y fué á su cuarto á tomar un abrigo y un velo ; cuando salió, ya la esperaba la condesa en la puerta del salon.

— Esperad un momento, la dijo.

— ¿Qué hay ?

— El señorito Rafael sale de su cuarto.

— Dejarle que nos preceda ; él irá á pié.

— Supongo que sí, pues en la puerta no hay mas carruaje que el vuestro.

Las jóvenes, ocultas detras de la puerta, vieron pasar á Rafael, que triste y pensativo bajó la escalera, y sin reparar en el coche de su prometida se dirigió con paso lento hacia el Retiro.

Média hora despues, ocupaba con Flor del Espino un banco de piedra en las inmediaciones del Observatorio.

Oigamos su conversacion, y nos pondremos al corriente del estado de sus relaciones.

CAPÍTULO XXII.

LA CITA.

¡Cuánto anhelaba verte, Lidia mia! dijo Rafael clavando en la jóven una mirada de ternura.

— ¡Qué diré yo, triste de mí, que no tengo en el mundo mas consuelo que tu cariño!...

En el semblante de Flor del Espino se revelaba la ardiente llama en que se abrasaba su corazón. Poética por naturaleza, dulce, sensible, y habiendo vivido siempre en el aislamiento y la miseria, acogió el amor de Rafael con un delirio que la embriagó por completo.

Iba sencillamente vestida : un traje de indiana, y llevando un velo de tul liso, cubria sus formas elegantes y esbeltas:

De Rafael de Pináres, no me detengo á hacer una pintura detallada, porque la reservo para otro lugar donde le veremos mas despacio.

— Yo tenia un doble motivo para desear verte, dijo el jóven.

— ¿Y cuál es?

— Mi vivo agradecimiento por tu generosa accion.

— ¿De qué me hablas?

— De la carta que has dirigido á Navarra, al

marqués de Pináres, avisándole el peligro que corría.

— ¿Y quién te ha dicho eso?

— Tengo la carta en mi poder; mírala, ¿es esta?

— ¡Oh! sí; ¿pero cómo has descubierto?...

— Conozco tu letra perfectamente, y al momento que el marqués me enseñó esa carta, adiviné la mano que había trazado aquellas líneas salvadoras.

— ¿Y revelaste mi nombre?

— No, porque hubiera sido perderte.

Debemos advertir á nuestros lectores, aunque ya lo habrán conocido, que Flor del Espino ignoraba la alta clase á que pertenecía su amante, y le creía una persona de condicion humilde.

— ¡Cuánto te lo agradezco! ¿pero cómo te hallabas tú con el marqués?

— Ya te he dicho que soy su secretario, y en este viaje que ha hecho á Navarra le he acompañado. Por consecuencia, no solo has salvado su vida, sino la mia tambien; ahora es preciso nos descubras quiénes son los bandidos y la dama que tan mal nos quiere, porque un crimen semejante no puede quedar sin castigo. Estoy encargado de averiguarlo, y no cederé en mis investigaciones hasta que lo consiga.

— Entonces vas á descubrirme, y me pierdes. ¡Ah! ¡Rafael mio, por piedad! no des un paso; sabes cuán triste, cuán desesperada es mi situacion.

— Tú no tienes nada que temer; el marqués y la marquesa sobre todo, á quien has devuelto un hijo y un esposo, te están muy reconocidos, y solo desean saber tu nombre para demostrarte su inmenso agradecimiento.

— ¡Que no lo sepan nunca !...

— Será preciso, Lidia, y tambien el de los culpables.

— ¿ Y si la Corneja es uno de ellos, cómo quieres que la delate ?

— ¡ Ah ! ¡ por qué esa vil mujer es tu madre !...

En el acento con que Rafael pronunció las anteriores palabras, se conocia toda la amargura, todo el pesar que sentia su alma, por reconocer por madre de su amada á una criatura tan infame y perversa.

Flor del Espino le hubiera revelado la escena ocurrida en la hosteria la noche de la quimera entre Ataulfo y Cárlos, y las dudas que concibieron sobre la certeza de ser hijas de la Corneja, ó robadas por ella á una señora de Paris. Empero, quiso mejor callar hasta que pudiera decírsele sin temor de equivocarse, y al propio tiempo para poner á prueba el amor del gallardo mancebo.

Despues de la exclamacion de Rafael, los dos jóvenes quedaron pensativos. Flor del Espino fué la primera que interrumpió el silencio diciendo en tono de queja :

— Me has llamado á este sitio para que hablemos de nuestro amor, y ni una palabra he oido todavía de tus labios.

— Es verdad ; perdóname : no por eso te amo menos.

— Pues yo creo que con esta ausencia tu cariño ha perdido parte de su ardor.

— ¡ Qué locura ! puedo asegurarte que te amo con la mayor ternura, con el anhelo mas ardiente.

Rafael se apoderó de una mano de su amada, y estrechándola contra su pecho, continuó :

— Y si no, pregunta á mi corazon ¿por quién late, por quién respira sino por ti?

— ¡Será verdad tanta ventura !...

Las ramas de los almendros que ocultaban á los jóvenes se agitaron levemente ; detras de ellos habia un corazon desgarrado ; la infeliz condesa del Palancar, pálida y anhelante, escuchaba con amargo desconsuelo las ternezas que su prometido dirigia á Flor del Espino.

— ¿Has podido dudarle alguna vez ? repuso Rafael contestando á la exclamacion de su amada.

— ¡Nunca dudé de ti ! mas dudo de mi fortuna, que es bien aciaga en verdad. ¡ Ay ! no sé por qué tengo á veces presentimientos muy tristes ; mira, ahora mismo que soy feliz y tengo la seguridad de tu amor, brota el llanto de mis ojos, la emocion me ahoga, y preveo en lontananza un porvenir negro y sombrío.

— Esas serán ilusiones de tu exaltada fantasia.

— Son presentimientos que rara vez engañan.

— ¡Bah ! no pienses en eso, y dime, ¿cuántas poesias me has hecho durante mi ausencia ?

— Várias, y lo peor es que han desaparecido de mi mesa sin saber cómo.

— ¡Qué fatalidad, y no conservas ninguna !

— ¡Una solamente, héla aquí !

— Léemela tú ; es tan grata á mis oídos tu dulcísima voz, que me parece una cadencia armoniosa, una blanda melodía.

— ¡Que lisonjero estás!

— No es lisonja; sabes que nuestros amores provienen de haberte oído cantar; ¿te acuerdas?

— Si; pero refiéremelo otra vez, porque tambien á mí me place escucharlo de tus labios.

— Era una noche oscura y silenciosa; yo salia de una reunion, y acompañado de unos amigos nos dirigíamos á casa, cuando pasámos por la calle de Lavapiés.

De pronto nos detuvimos absortos, embelesados; una voz encantadora, que mas bien parecia salir de la boca de un ángel que de una garganta humana, entonaba una endecha tiernísima, con tan perfecta, con tan pura modulacion, que nos dejó admirados, convenciéndonos instantáneamente de que solo una gran artista podia lanzar al viento tan armoniosos trinos.

— ¿Quién será esa criatura que canta tan admirablemente, en una miserable hostería y en barrios tan extraviados? pregunté á mis compañeros.

— Mas que criatura, parece un ángel del cielo, dijo uno de mis amigos; yo no me marchó sin ver si corresponde su rostro y su figura á la armonía de su voz.

— Ni yo.

— Ni yo, contestaron todos á la vez; yo nada dije, pero era el que mas deseos tenia de verte.

Entrámos, continuaste cantando, todo el mundo te aplaudia, y yo sin decir una palabra te devoraba con los ojos. Aquella noche no pude dormir, tu imágen

y tu voz se habian grabado en mi alma de una manera indeleble.

Volví una y otra, volví todas las noches á buscarte, y cada dia aumentaba mi amor, porque encontraba en ti nuevas gracias, nuevos encantos; y un lazo simpático y amoroso llegó por fin á aprisionar nuestros corazones tan fuertemente, que solo podrán separarse rompiéndose en mil pedazos.

Entre los almendros resonó un gemido ahogado, y el ruido de un cuerpo que cae en tierra con pesadez.

— ¡Oh Dios mio! ¡alguien nos escuchaba! murmuró aterrada Flor del Espino.

Rafael se levantó, y separando violentamente las ramas, quedó pálido é inmóvil al reconocer á la condesa, que habia caido en tierra sin sentido.

— ¡Una señora! ¡y qué hermosa es! dijo Flor del Espino apresurándose á socorrerla.

— ¡Oh! deja, deja, murmuró Rafael, la llevaré á su coche.

— ¿La conoces?

— Sí, es la condesa del Palancar.

— Yo te ayudaré.

— No conviene que te vean, déjame solo, déjame solo; su lacayo estará á poca distancia y me ayudará.

Como si fuera un niño, la tomó en sus brazos; á los pocos pasos se aproximó el lacayo, que esperaba á su señora á una distancia respetuosa, y pretendió aliviar al jóven de su preciosa carga; pero este se opuso tenazmente.

— ¡Oh! no; puedo yo solo; ves corriendo á buscar agua, le dijo con voz ahogada.

— ¿Llamaré á la señorita Aurora que ha quedado en el carruaje? repuso el lacayo como interrogando.

— Sí, llámala, pero vuela.

— Voy corriendo.

El lacayo partió rápidamente, y Rafael, volviendo la vista atras temeroso de que Flor del Espino los siguiese, continuó andando por una de las calles de árboles que conduce desde el Observatorio al estanque grande.

Llegó un momento en que la fatiga no le dejó respirar, y apartándose á un lado, depositó en el suelo á la condesa y se sentó á su lado sosteniendo la inanimada cabeza de la jóven.

— ¡Honorata, vuelve en ti, amor mio! dijo queriendo reanimarla con la ternura de su acento.

La jóven hizo un pequeño movimiento, como si aquella voz tan querida de su corazon hubiese penetrado hasta lo mas profundo de su alma.

— ¿No me conoces? continuó diciendo Rafael, ¡soy yo, tu prometido!...

— ¡Ay! murmuró Honorata exhalando un suspiro y llevándose la mano al corazon, como si en él hubiera sentido un dolor agudo.

La incorporó un poco para que respirase con mas libertad; y apoyó la abatida cabeza sobre su pecho, de manera que no podia verle la cara.

Algunos instante despues, Honorata abrió los ojos, lanzó con asombro una mirada en su derredor y exclamó:

— ¡ Dios mio ! ¡ Dios mio ! ¿ dónde estoy ?

— En mis brazos ; ¡ no temas , ángel mio !...

— ¡ Ah ! ¡ eres tú ! exclamó alzando la cabeza para mirarle , y retirándose precipitadamente .

— Yo , tu prometido .

— ¡ Mi prometido ! soy libre como la alondra , y puedo romper los lazos que me aprisionan á la tierra , como rompo en este momento el que me liga á vos .

Al decir esto , se levantó brotando de sus mejillas un subido carmin y arrojó á los piés de su amante un medallon que llevaba colgado al cuello , y un anillo de brillantes que hacia muchos años no salia de su dedo .

Rafael , pálido como la muerte , exclamó :

— ¡ Honorata ! ¡ me devuelves mi retrato y el anillo con que nuestros padres han enlazado nuestros destinos !...

— Sí ; porque eres un infame , y como he arrancado de mi pecho ese retrato , quisiera arrancar de mi corazon hasta el último recuerdo tuyo .

Rafael bajó la cabeza confundido por la indignacion que respiraban los ojos y el acento de la ofendida jóven . Se cubrió la cara con las manos y no habló una palabra mas .

— ¡ Ni una disculpa ! murmuró con amargura Honorata , agarrándose al tronco de un árbol ; sentia vacilar sus piernas , las fuerzas la abandonaban y no hubiera podido sostenerse si en aquel momento Aurora , que llegaba corriendo , no la cogiera en sus brazos .

— ¡Señorita de mi alma! exclamó la doncella.

— ¡Ay, me muero! llevadme, llevadme pronto al coche, exclamó con voz desfallecida.

— ¡Bien lo decia yo! murmuró llorando Aurora.

La condesa volvió á desmayarse; entre la doncella y el lacayo la llevaron al carruaje.

Rafael los siguió pálido como la muerte; por fortuna suya no encontraron á Flor del Espino, pues la jóven, creyendo acercarse mas á su casa, habia salido por la puerta que cae al paseo de Atocha.

Cuando llegaron al patio grande del Retiro, colocó la doncella á su señora en los almohadones lo mejor posible, aplicando á su nariz un frasquito de sales. Al propio tiempo dió orden al cochero para que partiese á escape.

Rafael contempló la huella del carruaje con extrañados ojos; luego oprimió contra su corazon los versos que Flor del Espino habia dejado en su mano y murmuró con voz ahogada:

— ¡Lidia! ¡Honorata!... ¡oh! ¡cuán desgraciado soy!...

CAPÍTULO XXIII

LA COLASA.

Colasa la prendera se habia trasladado desde las Vistillas, donde hizo casi toda su fortuna, á la calle de Segovia.

Cerca de Puerta Cerrada tenia su gran almacén de muebles, ropas y multitud de géneros tan variados y abundantes, que formaban, si así puede decirse, un comercio universal.

Componíase la tienda de dos grandes piezas; en la primera, y sentada en una butaca, estaba la Colasa, cual una reina en su trono; desde allí hacia girar á sus dependientes, y daba infinitas órdenes y contraórdenes en un minuto.

Desde la segunda se pasaba á un gran patio, donde se hallaban las demás habitaciones de la casa.

Á la derecha y siguiendo un estrecho corredor, se encontraba una puerta que conducia al cuarto de Carlos.

Penetremos en su interior.

El mueblaje era lujosísimo, pues la Colasa, que amaba con pasión al jóven, se complacia en rodearle de los objetos mas bellos y variados que tenia en su almacén.

Dos piececitas eran las que usaba casi siempre, la primera con chimenea francesa, sobre la cual se elevaba hasta el techo un magnífico espejo; junto la reja que caía á una callejuela, veíase una mesa de despacho; Cárlos escribía en ella una carta que debía ser muy interesante, porque, poco satisfecho de su contenido, la rasgó cinco ó seis veces, para volver á empezar con mas ardor.

En medio de la habitación, unas magníficas cortinas de damasco daban paso al dormitorio, que correspondía en elegancia y lujo á todo lo demas.

No era el buen gusto lo que presidia en el decorado y mueblaje de estas habitaciones, sino un deseo inmoderado de presentar reunidas las riquezas de la Colasa y las muchas preciosidades artísticas que atesoraba en su prendería.

Cárlos, por fin, concluyó su carta, la leyó dos veces, y encerrándola en un elegante sobre, la guardó en una cartera de piel de Rusia, y se levantó tarareando una de las canciones que habia oído cantar á Rosa.

Empezó á vestirse; mas no con la ropa de majó que ordinariamente llevaba. Se puso un pantalon negro, chaleco de raso, levita, hermosa corbata con su magnífico alfiler de brillantes, y se envolvió en una finísima capa con embozos de terciopelo encarnado.

Al colocar sobre su cabeza el lustroso sombrero de copa, se miró al espejo y exclamó mientras se ponía los guantes :

— ¡Pues señor, esto es hecho!... la princesilla

me gusta; ella me corresponde... veré como la engaño... la saco de su casa, nos casamos en secreto, y héteme aquí hecho un príncipe de Florini...

Calló un momento, luego continuó :

— No es mal proyecto, pero ¿y Rosa?... pobrecilla, contestó, ¡ cómo me quiere !... ¡ y yo también á ella !... en fin, cosas de mundo, tendrá que conformarse con su suerte; la otra es princesa, y no se encuentran todos los dias semejantes gangas.

Embebido en estos pensamientos el ambicioso mancebo, se embozó en su capa y salió con paso lento, dejando esparcida en su habitacion y cada cosa en su lado, toda la ropa que tenia puesta :

— ¿Dónde vas? le dijo la Colasa así que le vió salir.

— Hoy es domingo y voy con Sebastian al Museo de Pinturas.

— ¡De véras! si te esperas á que cierre la tienda iré contigo.

— ¡Oh! no puede ser; se haria tarde; y yo tengo interes en admirar un magnífico cuadro de que me han hablado hace poco.

— Entónces, adios; mas no te olvides que esta tarde vamos de merienda á la fuente de la Teja y eres de la partida.

— Pronto vuelvo, á las dos estoy aquí.

— Bien, que te diviertas.

El jóven se marchó riendo de la mentira que habia fraguado en un momento, por no decir á la Colasa que le esperaba una ilustre y hermosa niña en la

iglesia de San José, donde confiaba entregarle la carta que acababa de escribir.

Empero, la prendera no sospechó que la engañase, y llena de orgullo y satisfaccion por su gallardo protegido, salió á la puerta de la calle á contemplarle hasta que le perdió de vista.

Una vecina se acercó en aquel instante y la dijo :

— ¡ Qué hijo tan buen mozo tenéis, señora Colasa; da gozo verle atravesar la calle con ese aire de gran señor que tan bien le sienta !

— No es hijo mio, señora Gervasia, contestó la prendera ; aunque os aseguro le quiero mas que si lo fuera, porque es otro cariño mas grande el que me hace mirarle con ese delirio tan intenso.

— Ya se os conoce, os habéis quedado embobada.

— No lo puedo remediar, me vuelve loca, y creo no podré esperar á que cumpla los diez y ocho años.

— ¿ Para qué ?

— ¡ Tóma ! ¡ para casarme con él !

— ¡ Ave María ! contestó la Gervasia santiguándose, ¡ casaros con él cuando yo os creía su madre !

— ¿ Y qué tiene eso de particular ? Aunque le lleve algunos años, no importa. ¿ Cuántas mas viejas se casan con jóvenes ?

— Es verdad ; pero no son las bodas mas convenientes, por eso las acompaña casi siempre la desgracia.

— Pues en la nuestra no sucederá eso ; mi Carlos tiene tantos motivos de agradecimiento para conmigo, que no podrá ménos de ser un esposo ejemplar. Yo

le he educado con esa idea á mi modo, y no creo en-
gañarme.

— ¿Y él está conforme en casarse con vos?

— Nunca le he dicho una palabra, pero es de su-
poner; no cuenta con un maravedí suyo, ni tiene
oficio ni beneficio; ¿dónde, pues, ha de ir que mas
valga? Aceptando mi mano, sobre pagarme una deuda
de gratitud, entra en plena posesion de mis riquezas.

— Hubierais hecho muy bien en consultarlo con él.

— Cuando yo se lo diga, será para casarnos al otro
dia; me propuse esperar á que cumpliese diez y ocho
años, y no tengo paciencia para tanto; lo confieso,
señora Gervasia.

— Ya lo creo; el muchacho es tan galan, que se
merece cualquier cosa; lo malo será que salgan falli-
das vuestras esperanzas, y no acepte una alianza
que, aunque convenga á sus intereses, rechace su
corazon.

— ¡Rechazarla! ¡qué locura! No digáis semejante
cosa, porque me ahoga la ira.

— Es una suposicion nada mas.

— ¿Cómo habia de negarse á ser mi marido, si me
debe la vida y todo cuanto es y cuanto vale? Escuchad
lo que he hecho por él, y os convenceréis de que es
imposible una negativa por su parte.

La Colasa sacó á la puerta de la tienda una silla, se
la ofreció á Gervasia, y ocupando otra inmediata
habló así:

— Cuando murió mi marido, hace doce ó catorce
años, quedé muy enferma á consecuencia de los mu-

chos disgustos que me ocasionó su mal. Los médicos me mandaron trasladarme á Cádiz con objeto de respirar los aires natales. Yo, que no habia ido á mi país desde pequeñita, acepté esta disposicion con júbilo extremado. Salí pues de Madrid, y llegué á Cádiz despues de un viaje penosísimo.

Casi todos mis parientes habian muerto, quedándome solo una tia anciana y achacosa.

Me hospedé en su casa, y fuí tratada por ella con las mayores muestras de cariño. Me informé de su situacion y la encontré triste y precaria; hubiera perecido sin duda poco ántes de ir yo, si una señora que la dejó encomendado un niño de corta edad no la hubiese socorrido.

— ¿Y quién es esa señora, la pregunté, que así abandonó su hijo?

— Lo ignoro, contestó mi anciana tia; solo puedo decirte que llegó á esta ciudad hace poco, y teniendo necesidad de marcharse á Paris, me indicó si podria quedarme con el niño hasta su regreso. Acepté desde luego con mucho gusto; ella partió á los pocos dias, dejándome una suma, no muy espléndida para el cargo que me confiaba; pero, en fin, ha bastado hasta hoy para la manutencion de ambos.

— ¿Y no os ha vuelto á remitir cantidad alguna?

— No, solo me ha escrito dos cartas, por mas que várias veces la he escrito yo, haciéndola presente que mi situacion era muy triste y en breve no podria dar pan á su hijo.

— ¡Qué crueldad! ¿de modo que si no vengo tan á tiempo perecéis de hambre los dos?

— Quizá, hija mia, quizá, me dijo abrazándome; la Providencia te ha traído á mi casa.

— Entónces ya no nos separaremos; venios conmigo, y este pobre niño tan infamemente abandonado será nuestro consuelo.

Mi tia se resistió algun tiempo, y aun me hizo esperar dos meses á ver si teníamos noticias de la senora; mas en vano las esperámos. Llegó el invierno, y yo tuve necesidad de venirme á cuidar de mi establecimiento.

Me acompañaron y aquí están : el niño es Cárlos y á mi tia que llegó á baldarse completamente, la tengo en el hospital de incurables.

— De ese modo, bien conozco que siquiera por agradecimiento debe casarse con vos ese muchacho; pero es tan ingrato el corazon humano, que rara vez recompensa los beneficios que recibe.

— Si tal hiciera, le plantaria de patitas en la calle y no tendria mas remedio que volver conforme con mis deseos á pedirme perdon.

Como soy muy rica y siempre tuve la idea de casarme con él, no he querido que aprenda ningun arte; no sabe ganar un real, está acostumbrado al lujo, á las comodidades, y á gastar y á triunfar sin tasa.

— Dios quiera hacerle agradecido, señora Colasa, lo cual es muy raro en los tiempos que corremos.

— Tenéis razon, señora Gervasia; pero aquí se trata de un hombre casi un niño, que no tiene mas voluntad que la mia; si le vierais con qué humildad me viene contando todo lo que hace, y sus ocurrencias nocturnas...

— ¡Hola! ¡conque le dejáis salir por la noche y solo!..

— Va con otro amigo, y son ambos dos angelitos de Dios, inocentes como corderos, no piensan mas que en ir al teatro y al Museo de Pinturas, por que Sebastian es pintor y va tambien aficionando á mi Cárlos á la pintura.

— Tened cuidado no os gane alguna mozuela su corazon.

— ¡Quia! ni remota idea tiene del amor.

— Ea, vecina, hasta despues ; mil gracias por vuestra confianza, y si en algo apreciaiz mi consejo, no soltéis tanto la rienda, y abreviad el casamiento, mañana acaso sea tarde.

La señora Gervasia, que era una vieja de setenta años, se marchó apoyada en un baston y riendo para sí de las pretensiones de la Colasa.

— ¡Está loca! ¡está loca! murmuraba; quiere aprisionar á ese muchacho con cadenas de oro... ¡ay! y en los corazones las cadenas que no forma el amor y la simpatia suelen oprimir demasiado, no dan la felicidad y acaban por romperse bruscamente.

Por su parte la Colasa quedó diciendo para sus adentros.

— ¡Quizá tenga razon esta vieja!... ¡y ademas, él debe ser hijo de grandes señores, y no será extraño le descubran el mejor dia y me quede sin novio!... Vaya, manos á la obra, las dilaciones no me tienen cuenta. Esta noche le digo mi proyecto y mañana á la vicaria, despues de hecho el santo lazo, *que le desate quien pueda.*

CAPÍTULO XXIV.

EDELMIRA.

La mañana del mismo día que tenían lugar los acontecimientos que acabo de referir, estaba el palacio de Florini en el mayor silencio.

Como la princesa no acostumbraba á levantarse hasta la una ó las dos de la tarde, casi todos los criados aprovechaban la ocasion para hacer otro tanto, ó para salir á sus correrías sin temor de que nadie lo advirtiese.

Hácia la parte del jardín tenía sus habitaciones Edelmira. Como nunca hemos penetrado en ellas, justo será demos algunos detalles á mis amables lectores, para la buena inteligencia de los acontecimientos sucesivos.

Á la jóven heredera de los vastos y ricos estados de Florini, habíanla destinado las peores piezas de la casa. Comunicaban con el jardín, y no tenían vistas á la calle, circunstancias que tendria en cuenta la princesa al instalar en ellas á la pobre cautiva.

Nadie podia verla sin atravesar una porcion de salones, exponiéndose á la vigilancia de todos los criados de la casa : y á la misma jóven, cuando salia á la calle, la era preciso sufrir el exámen de los inso-

lentes fámulos, ó marcharse por el jardin, en cuyo caso veíase en la necesidad de rogar al jardinero abriese la puertecilla que daba á la calle de la Greda. Y para conseguir este pequeño favor, tenia que desprenderse de alguna de sus joyas, ó darle alguna cantidad de la insignificante que la princesa la señalaba para sus gastos de tocador.

Cuatro aposentos, no muy grandes ni amueblados con el lujo que se veía en todo el palacio, eran los que habitaba Edelmira.

Hallábase primero un saloncito alegre y risueño, lleno casi siempre del hermoso sol que penetraba por tres balcones que caían al jardin, y de los fragantes perfumes y suaves emanaciones que despedían las plantas y las flores.

Cubrían las paredes una tela persa, fondo blanco con ramos azules, y el pavimento una alfombra listada.

Sillería de damasco de lana azul, dos jardineras, dos espejos y multitud de jarrones de flores, completaban el mueblaje y los adornos de esta pieza.

Por el lado de la izquierda, se entraba en el dormitorio de la jóven, que nada tenia de particular. Un lecho blanco rodeado de cortinas de muselina y un crucifijo de marfil, eran los dos objetos que se veían á primera vista.

Á la derecha del salon, habia otras dos piezas : la una servia de tocador, la otra de oratorio. La princesa, fiel á su idea de hacer profesar á Edelmira, quiso rodearla de objetos místicos, para que su espíritu,

siempre fijo en las cosas divinas, no se acordase de las mundanas.

Al efecto, mandó construir aquel pequeño santuario, donde nada faltaba que pudiese recordarla la iglesia del Señor.

La piadosa Edelmira tenia un cuidado especial en renovar las luces y las flores, y no se olvidaba nunca de acudir al levantarse y al acostarse á elevar sus ofrendas al pié del altar.

Eran las siete de la mañana. Edelmira estaba sentada delante del tocador, sencillamente vestida con un traje de gros negro.

Un peinador de batista guarnecido de encaje la envolvía casi por completo, y con su diáfana blancura hacia resaltar mas la palidez mate de la jóven.

Lisa, su doncella, la arreglaba los cabellos.

— ¿Has concluido? le preguntó Edelmira con el tono de voz dulce y suave que la era habitual.

— Sí, señora ; ¿ os pongo alguna flor ?

— No, voy á llevar sombrero.

— ¿Cuál queréis ?

— Uno que tenga el velo bastante espeso, y manteleta negra.

La doncella sacó estas prendas de un armario-ropero.

— Aquí están, dijo poniéndolas sobre una mesa.

— ¿Será ya hora, Lisa? preguntó Edelmira mirando á la jóven y dejando al mismo tiempo el peinador sobre el respaldo del sillón.

— Acaban de dar las siete, y don Cárlos es un caballero tan puntual, que de seguro nos estará ya esperando.

— ¡Ay, Dios mio! tiemblo al dar este paso que quizá decida la felicidad ó la desgracia de toda mi vida.

— ¿Y á qué temerlo, señorita? Antes debéis acoger el amor de tan gallardo jóven como un rocío bienhechor que refresque y ensanche vuestro acongojado corazón.

— ¡Ay, Lisa mia! me siento inclinada hacia ese hombre de una manera irresistible, conozco que el amor es para mi alma tan necesario, como para las aves el aire, y para las plantas el sol.

¡Ningun afecto me liga á la tierra, ni aun puedo contar con el cariño maternal! ¡Cuán desgraciada soy!

De los hermosos párpados de la jóven se desprendieron dos lágrimas ardientes y cristalinas.

Luego levantó la cabeza con resolución, y alargando la mano para coger el sombrero que Lisa la ofrecía, exclamó :

— ¡Fuera indecision! vamos, Lisa mia : vamos á buscar en un extraño el amor que aquí me niegan.

Al parecer, completamente resuelta, se puso el sombrero y la manteleta, cogió los guantes y salió al salón : allí se detuvo á contemplar los árboles del jardín.

— ¿Qué nueva idea os detiene otra vez, cuando tan resuelta habéis salido? preguntó Lisa viendo á la jóven parada é inmóvil.

— ¿Descubrirá la princesa nuestra salida?

— No es fácil, no se levanta hasta las dos, y nosotras estaremos de vuelta á las nueve.

— ¿Y el aya?

— Mucho ménos, doña Crispina no sacude el sueño hasta las once ; primero que se levanta y se arregla para ir con vos al convento y á misa, son las doce, no temáis pues, y fiad en mí.

— Como no estoy acostumbrada á estas citas, me estremezco al pensar que pueda vermos algun criado.

— Solamente el jardinero sabe que salimos y á ese le tenemos siempre propicio.

— Vamos, estoy decidida : sea lo que Dios quiera. Como ya he dicho, casi todos los criados dormian, y nadie las vió bajar.

El jardinero era un pobre hombre ; frisaba en los cuarenta años, y durante su vida solo había servido en dos casas. En la del marqués del Rio, de la cual salió por chismes de una criada, y en la de la princesa.

Tenia dos hijas ya grandecitas, que le acompañaban casi siempre, y las queria con delirio ; su mujer se llamaba Dorotea, y como tenian su habitacion en el mismo jardin, á todas horas se los veía juntos.

Cuando bajó Edelmira, estaban almorzando sentados cerca de un emparrado y recibiendo los primeros rayos del sol.

— ¡ Qué felices son ! murmuró Edelmira contemplando el cuadro que formaban.

— ¿ Los envidiais, señorita ? preguntó Lisa.

— ¡ Oh ! sí ; esas niñas tienen seguro el amor de sus padres, no se apartan de su lado, y yo, ¡ triste de mi ! vivo en el palacio de mi madre, como una extraña ; rara vez como á su mesa, y nunca recibo sus caricias.

— Muy buenos dias , señorita, dijo Juan levantándose cuando las jóvenes se acercaron, y quitándose el sombrero.

— Muy buenos, amigo mio : tú siempre rodeado de la amable señora Dorotea y de estas bellas niñas.

— ¡ Y qué hemos de hacer ! Se tiene tanto cariño á la familia... y ellas por otra parte tampoco me dejan un minuto.

— ¡ Dichosas ellas que encuentran en vos la ternura de un padre !...

To los los criados de la casa estaban entrerados del despego con que la princesa trataba á su hija, y ya por esta razon ó porque la infeliz niña era un ángel de bondad, la amaban con extremo y la compadecian.

Por eso Juan, al escuchar la exclamacion que la jóven no pudo reprimir, conoció cuánta amargura encerraba aquel corazon tan noble y tan angelical. Dorotea, animada de los mismos sentimientos, exclamó:

— Si mis hijas encuentran el amor de sus padres, vos, en cambio, señorita, encontraréis el de todas las personas que os rodean.

— Señorita, se hace tarde, murmuró Lisa al oído de su jóven ama ; esta dijo :

— Tienes razon. Vamos ; luego, volviéndose á Dorotea, repuso :

— Sois muy amables, y muy buenos para mí ; algun dia mi posicion será mas halagüeña y podré recompensar ese afecto que me profesáis y que tanto bien me hace.

— Es que os amamos por inclinacion, no por interes, exclamó Juan.

— ¡Gracias! gracias de todos modos, repuso Edelmira siguiendo por una calle de árboles que conducía á la puerta de salida.

— ¿Vais á la calle, señorita? dijo Dorotea; está aquí la llave.

— Sí, vamos á misa, dijo la doncella.

— Voy á abrir, esperad un momento.

La pobre mujer se adelantó rápidamente.

Cuando salió Edelmira á la calle, la dijo desde el dintel :

— Decidme, señora Dorotea, ¿de qué color os gustas un vestido de merino para las niñas?

— Qué cosas tenéis, de ninguno; no vayáis á molestaros por ellas.

— No es molestia, voy á comprarle para Lisa y mandaré echar unas varas mas para otros dos.

— En ese caso, como gustéis, no quiero desairaros.

— El mio será azul, dijo Lisa.

— Pues que sean iguales, exclamó Dorotea.

— Bien, adios, tened cuidado de estar por aquí cuando vengamos.

— No faltaré, con un golpecito que deis á la puerta abriré en seguida.

— ¡Qué señorita tan buena! es un ángel: volvió Dorotea diciendo á su marido.

— Lástima da verla siempre tan triste y tan sola, repuso Juan.

— Yo me alegraría que algun buen mozo y rico se enamorase de ella y la sacase de esa prision donde la tiene encerrada su pícara madre.

— Y yo tambien ; y no sé por qué sospecho que en estas saliditas anda enredando el amor.

— Me alegraré ; y prometo protegerla siempre en lo que pueda.

— ¡ Si no nos descubre la princesa !...

— ¿ Y qué me importa ? todo podria ser salir de su casa ; dónde servir no nos ha de faltar, ni qué comer, gracias á Dios, mientras tengas buenos brazos para trabajar.

El honrado matrimonio continuó su interrumpido almuerzo y su conversacion : en tanto Edelmira y Lisa salieron por la calle del Turco á la de Alcalá, dirigiéndose á la iglesia de San José.

La mañana estaba hermosa y apacible. Era en octubre, y aunque las hojas de los árboles comenzaban á caer, todavía engalanaban la calle con su postrer verdor.

— ¡ Qué ambiente tan agradable ! exclamó Edelmira.

— Y á propósito para dar un paseo por la Castellana, dijo la doncella.

— Le daremos, amiga mia ; ¡ ay ! ¡ es tan grato respirar en libertad léjos de la cárcel que nos aprisiona !...

CAPÍTULO XXV.

PASEO MATUTINO.

Cuando las jóvenes penetraron en la iglesia, se adelantó un gallardo mancebo á darles el agua bendita.

Edelmira dió las gracias con una inclinacion de cabeza y Lisa murmuró á su oído :

— ¡Vuestra es !

— ¿ Puedo contar con su amor ? exclamó el jóven á média voz.

— Tenedlo por seguro.

La doncella siguió á su señora que fué á arrodillarse ante un altar donde en aquel momento se presentó un sacerdote á celebrar el santo sacrificio de la misa.

El mancebo, en quien habrán conocido nuestros lectores al intrépido Carlos, se situó de modo que pudiese dirigir á mansalva sus ardientes miradas á la cándida niña, objeto de su solicitud.

Excusado es decir, que ni uno ni otro vieron la misa con la debida devocion.

Él, no apartó los ojos de aquel rostro angelical, y

ella, sin mirarle, sentia el fuego de su mirada, y una emocion desconocida llenaba por completo sus sentidos haciendo subir á sus mejillas el encendido color del carmin.

Cuando el sacerdote echó la bendicion, Cárlos se arrodilló y ambos la recibieron casi con alegría; en aquel momento sus miradas se encontraron y en el fondo de sus corazones resonó una voz purísima que repetia : ¡ amor !...

Cárlos murmuró para sus adentros :

— ¡ Cuán bella está ! Creo que voy á enamorarme de véras.

Edelmira tambien dijo en su interior :

— ¡ Qué galan es ! Oh Dios mio ! le amo ! le amo !...

La doncella , á cuya penetracion no se escapó aquella mirada, no pudo ménos de exclamar en igual tono :

— Cuando las miradas se encuentran, se entienden los corazones ; ya los tengo amartelados como dos tiernos tortolillos, lo que celebro en la alma, porque ambos son generosos y espléndidos y sacaré una pingüe ganancia con ser su confidente.

La misa habia terminado.

Las jóvenes salieron de la iglesia ; Cárlos detras.

Se dirigieron hacia el paseo de Recoletos. Sin embargo de lo apacible de la mañana, estaba solitario ; esto dió ánimos al audaz adolescente para dirigir la palabra á Edelmira.

— ¡ Señorita !... murmuró con una voz que procuró hacer tímida y dulce.

— ¿Qué me queréis? contestó la niña encendiéndose aun mas el subido color de sus mejillas.

— ¡Hola! don Carlos, ¿como va? dijo la doncella con ánimo de evitar en ellos la timidez de una primera entrevista.

— Muy bien, Lísia; á esta señorita la veo cual siempre, tan belía como cruel conmigo.

— ¿Cruel? por qué?

— Os lo diré en breves palabras; hace mucho tiempo que os sigo á todas partes, busco vuestras miradas, anhelo comunicaros el fuego en que me abraso y ni una sola vez os dignáis dirigirme la palabra.

Ya hoy no pude resistir mas, lleno de angustia, de dolor, por ignorar si me destináis á vivir ó á morir, pues mi suerte depende de una sola palabra vuestra, me decidí á escribiros esta carta que os ruego aceptéis, sacándome pronto de la horrible incertidumbre que me roba el sueño y la salud.

La hermosa niña, trémula, ruborosa y sintiendo en su pecho una emocion dulcísima que llenaba su alma, cogió la carta y no contestó una palabra á la ardiente manifestacion del mancebo.

¡Es á veces tan elocuente ese lenguaje mudo de las almas!... En ocasiones, dice mas que cuantas frases pudiera pronunciar el labio.

Así lo comprendió el jóven, y con una mirada conoció que aquel corazon era suyo, y que habia sabido encender en él un fuego devorador, imposible de apagar en toda la vida.

Edelmira poseía una de esas naturalezas impresionables, tiernas y apasionadas, que solo aman una vez, y que aquel amor ocasiona casi siempre su muerte ó su felicidad.

¡Y cómo resistir! ¡pobre niña, ambiciosa de emociones y cariño! ¡cómo resistir el peligroso lazo de la seducción! ¡Y mas si era tendido por un jóven como Cárlos, que reunia en apariencia todos los encantos, todas las gracias de una juventud lozana y exuberante, de ardor y poesía!... ¡Cómo adivinar en aquel exterior tan bello, tan seductor, un alma calculadora y egoísta!...

Cárlos poseía en alto grado la belleza corporal, pero en su corazón dormían dos pasiones funestísimas, el orgullo y la avaricia.

Esto no podía conocerlo una niña tan inocente como Edelmira, que se había criado en un convento, y no conocía del mundo ni los peligros ni los encantos.

Cual una flor que se abre y aspira con avidez la aurora de la mañana, así recibió en su pecho las primeras impresiones de un sentimiento para ella desconocido, que debía dominarla por completo.

— ¿Pero será posible que no tengáis ni una palabra para mí? preguntó Cárlos, fijando en la jóven una mirada profunda y ardiente. ¿Os enoja mi presencia? si queréis, me alejaré, añadió con voz triste.

— ¡Ah! no os vayáis! dispensad mi silencio, no hallo frases para contestar á las vuestras...

— Pero decid siquiera que no os soy enfadoso.